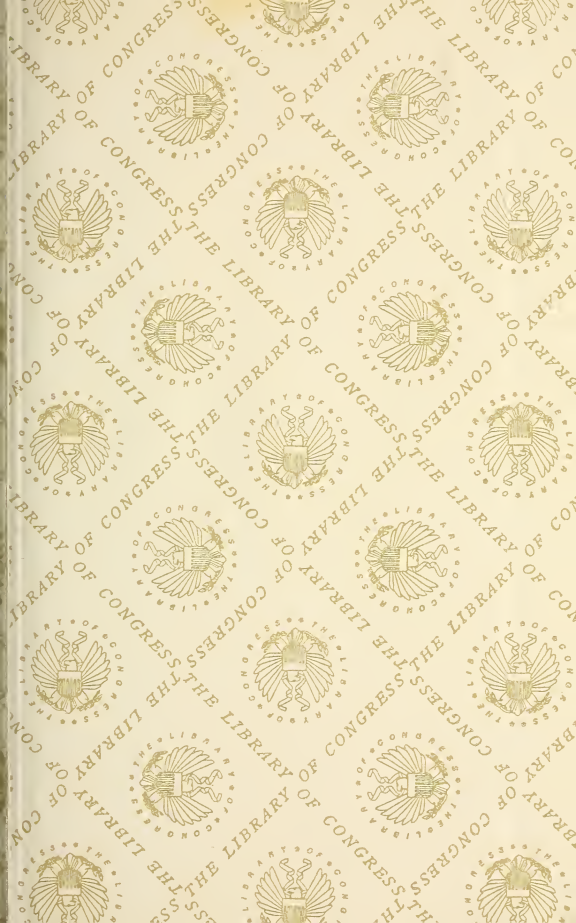

THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

BIBLIOTECA MADRILEÑA.

CADA TOMO, REAL Y MEDIO.



ECONOMIA — RECREO

CASTIGO DEL CIELO.

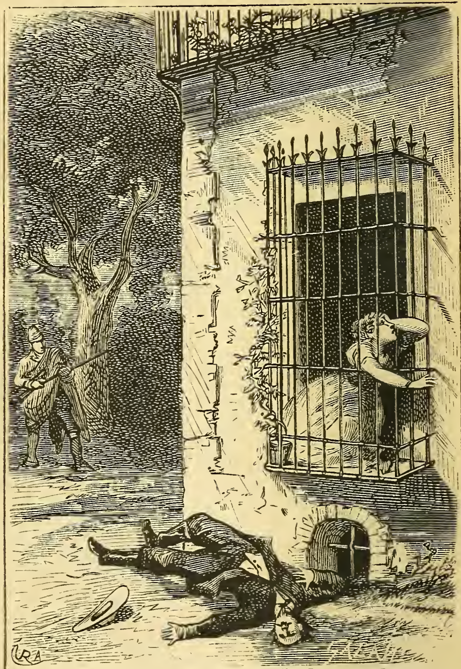
POR

D. ELEUTERIO LLOFRIU Y SAGRERA

TOMO ÚNICO.

INSTRUCCION — MORALIDAD

CASTIGO DEL CIELO.



Lucía dió un ¡ay! terrible, desgarrador.

Galería Literaria.—Murcia y Martí, editores.

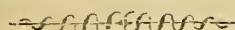
CASTIGO DEL CIELO.

Novela original

DE

D. ELEUTERIO LLOFRIU Y SAGRERA.

TERCERA EDICION.





MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1872.

I.

La bendicion de Dios era la abundante cosecha que alegraba los campos que se extendian á una media legua cuadrada de la alquería del tio Tomás. Esta alquería hallábase á dos horas de Valencia y representaba muchos años de trabajos y de sacrificios de aquel pobre labriego, que, á fuerza de constancia y de laboriosidad, habia conseguido muy poco á poco hacerse dueño de aquellas tierras y darles con un cultivo esmerado, hijo de larga experiencia, doble valor del que tenian. Millares de doradas naranjas, destacándose entre las verdes hojas, hermoseaban aquel campo, cubierto con la verde alfombra de los trigos. Las espesas ramas del olivo, cubiertas de hojas y de fruto, indicaban la riqueza que atesoraba aquella tier-

ra para premiar los afanes del anciano labrador. El cielo, de purísimo azul, sin nube alguna que lo empañara, contribuia á dar á aquel cuadro esa dulce y encantadora majestad que desean los que en el bullicio de la córte ó de las grandes capitales viven entregados á penosos trabajos ó tomando parte en las agitadas contiendas políticas. La paz, la calma de aquel sitio, el suspiro de las brisas acariciadoras, la vida sencilla de los moradores de la alquería, todo convidaba. La azucena aromatizaba el ambiente y llevaba la alegría á quien lo respiraba.

¡Cómo no envidiar aquella vida serena y pura, aquellas auroras acompañadas del canto siempre dulce de los pajarillos juguetones!...

¡Cómo no desear algunos momentos debajo de aquel árbol secular, á la sombra de sus ramas espesas entretegidas con las hojas, para recordar otras escenas de la agitada vida de las grandes ciudades!

¡Quién diria que dentro de aquella casa blanca como el casto pensamiento de una vírgen, se

agitaba acaso el huracan de las pasiones tal vez con más intensidad que en la capital populosa!

¡Cómo adivinar las escenas que se sucedian en el interior de aquella casa, por cuya reja trepaba una sencilla pasionaria plantada por la inocente niña!

El tio Tomás podia ser el hombre más feliz de la tierra. Vivia en compañía de su virtuosa mujer María, modelo de madres y de esposas, tipo de laboriosidad, ejemplo de caritativo corazon. No llegaban en vano los pobres á su puerta: no oia nunca indiferente las agenas desgracias; por socorrer á un desvalido era capáz de exponerse á los peligros mayores.

Tenia aquel matrimonio una nieta de diez y ocho años, cuya madre habia muerto víctima del abandono más desgarrador. Uno de esos séres miserables que llevan en pos de sí la deshonra á las familias, logró engañar á la infeliz, y combinándolo con varios amigos, fingióse el acto de la bendicion de la iglesia.

La desgraciada madre supo el engaño de que habia sido víctima al dar á luz á la niña: hizo que llamaran al buen Tomás y á María, sus idolatrados padres, y poco antes de espirar les encomendó el cuidado de la niña. Tomás y María no conocian al infame autor de tanta desgracia.

Magdalena estaba sirviendo en Madrid cuando conoció á aquel sér degradado.

—Padres mios,—exclamó la infeliz Magdalena, poco antes de exhalar el último suspiro,—desoí los consejos de ustedes, no quise oir más que á mi corazon y hasta me olvidé de cuantos sacrificios por mí habian hecho... Perdon... cuiden ustedes á ese ángel y que no se separe de ustedes... refiéranle mi historia para que le sirva de leccion constante... Adios, madre mia... adios, padre... Hija de mis entrañas, un beso... y que Dios te libre de mal.

Los lábios de Magdalena estuvieron largo rato sobre los de la inocente niña, que no contaba más que dos meses de existencia.

Con el más amargo dolor salieron de Ma-

drid Tomás y María al dejar enterrada á su querida Magdalena en el cementerio de San Lorenzo, uno de los muchos que rodean á Madrid, como encerrando tanta vida en un círculo de muerte.

¡Cuanto padecieron Tomás y María!

—¡Pobre Magdalena! — exclamaba la madre sollozando;—si no se hubiera separado de nosotros... ¡infeliz alma mia!... ¡Este Madrid, este Madrid, ya se lo decia yo!... Por eso no queria yo que viniera. Se han perdido aquí tantas esperanzas... Esta es la perdicion... Tomás, la perdicion...

Los padres de Magdalena, al regresar á su casa, llevaron consigo á una pobre mujer para que criase á Lucía, que era el nombre de la niña.

Todo el tesoro de cariño que los abuelos tenian para su hija, se reconcentró en la inocente criatura, que era su encanto y su felicidad.

Pasaron los años. El tiempo fué dejando enteramente blanca la cabeza de Tomás y

grabando sus huellas en aquella venerable frente, como en la de la anciana María, mientras desplegaba todas las galas de la juventud en Lucía, cuya pura frente brillaba con las flores de la primavera de la vida. El color de su rostro, delicado moreno de las costas del Mediodía, daba á la encantadora niña el tipo gracioso de la valenciana: ojos negros rasgados, melancólicos y de dulce mirada; garganta de suave contorno; lábios con frecuencia entreabiertos, como dando paso á un eterno suspiro del alma inocente, formaban con el esbelto talle, el levantado pecho y el timbre simpático de la voz, uno de esos ángeles purísimos cuya felicidad depende del hombre que encuentren en su camino, y que viven para amar.

Lucía era el objeto de todas las miradas, de todas las atenciones. Como su abuela se hallaba ya casi imposibilitada, ella era la encargada de repartir las limosnas y de consolar á los pobres.

Cuando en los dias de fiesta reuníanse de-

bajo del umbral de la casa los mozos de las cercanías, y Tomás y su mujer sentados presenciaban el cuadro de felicidad de aquellos jóvenes, ¡cuántas miradas de pasion se dirigian á la hija de Magdalena, y entre las muchachas cuanta envidia se despertaba al ver que Lucía era el objeto de predileccion para todos!...

—Ya se vé, como su abuelo es rico,—decia una.

—Como no se sabe quién ha sido su padre,—exclamaba entre dientes otra.

—Oye... pues ahora parece que ella se hace la desdeñosa con sus iguales. Le ha dicho que no á Anton, el hijo del Chato, y á Gil el de la Berlenga, pero se dice que á ese señor que vive en la alquería del Relój no le mira con despego...— Esto decia una muchacha rubia al oido de otra...

—Hay quien dice que los ha visto hablar en la era el otro dia al amanecer, y que el primer dia que se encontraron llevaba Lucía un cántaro sobre la cabeza llenito de agua y se le cayó, ha-

ciéndose mil pedazos...—Así contestaba la interlocutora.

—Vamos, historia tendremos... Mira, mira de qué modo la contempla Colasillo el que ha venido de las Américas, donde ha sido soldado...

Efectivamente Colás, que era todo un buen mozo, tostado el rostro por el sol de la isla de Cuba, y llevando grabadas las huellas de aquel clima mortífero, contemplaba embebido á Lucía, seguia sus movimientos, parecia leer con su mirada los pensamientos de Lucía.

Esta, en cuanto sus ojos se encontraban con una mirada de los de Colás, los bajaba, y así aún tenia mayores atractivos para el soldado.

—¿Qué tendrá en sus ojos esa chica que me deja más aturdido que la primera bala que silbó cerca de mí?—Tal era la pregunta que se hacia Colás.

Lucía parecia dominada por un pensamiento fijo: cuando cerraba los ojos, semejaba su rostro al de una de esas imágenes de la

Soledad que revelan la concentracion de todos los dolores en el alma.

—¿No bailas, Lucía?—preguntóle la anciana María con cariñosa dulzura.

—Otro dia... otro dia bailaré.

Salieron varias parejas: sonó la guitarra perfectamente pespunteada por Colás, y él mismo dejó oir esta cancion improvisada:

«Unos ojos me han herido,
me han herido el corazon;
¿qué me dirán esos ojos
que los miro con dolor?»

El pueblo es el gran poeta de las pasiones. El cantar del pueblo es la expresion de su sentimiento, la voz del corazon. Colás sentia intensa amargura en el alma y la expresó como la sentia.

Lucía, entretanto, dirigia sus miradas hácia la casa del Relój, sobre la cual reflejaban en los cristales de los balcones los últimos rayos del sol, que se ocultaban tras las montañas, mientras por el lado opuesto del horizonte venian las sombras del crepúsculo.

Al ver Tomás y María tan triste á Lucía, sintieron extraña amargura: miráronse mútuamente y una lágrima apareció en los opacos ojos de la anciana.

Lucía no cuidaba ya la pasionaria ni los tiestos de azucenas del pequeño jardin que adornaba los alrededores de la casa.

En vano pedia agua con sus cariñosos halagos el jilguero que en preciosa jaula tenia la nieta de Tomás. Esta se habia olvidado del inocente pajarillo.

Cuando Colás dejó la guitarra, como tenia cariño á todo cuanto era objeto de predileccion para Lucía, acercóse al sitio en donde se hallaba la jaula, vió que el pobre pajarillo tenia sed, entró en la casa y sacó en un vaso agua para el olvidado jilguero, que acarició la mano de Colás.

—¡Pobre Colás!—balbuceó la anciana llamando la atencion de Lucía sobre lo que hacia el soldado.

Lucía lo miró, y con una mirada más elocuente que todas las palabras, dió las gracias á Colás,

que suspiró como si hubiese conseguido una gran victoria.

El buen Colás llegó á creer que el corazon de Lucía respondia á los latidos del suyo, y fué á sentarse junto á los ancianos para contarles alguno de los hechos de armas del ejército de Cuba. Colás habia sido un héroe. En la defensa de Victoria de las Tunas, se batió como un valiente. Viendo amenazado á su jefe, colocóse delante de él, y la bala atravesó el sombrero del infeliz soldado. Cuando concluyó el baile, estrechóse el círculo, y jóvenes y viejos oian embobados á Colás que tenia gran facilidad para narrar. Era de ver aquel cuadro. Allí, los ancianos, como los jóvenes, sentian humedecidos los ojos cuando oian un ¡viva España! en los lábios de Colás y el toque de la corneta perfectamente imitado por él. Contaba con tal verdad los hechos, que los oyentes se figuraban ver los gigantescos árboles de los bosques americanos y el rio cuya corriente atravesaban los voluntarios y el ejército con agua hasta la cintura. Un pintor hubiese po-

dido trasladar al lienzo el cuadro descrito por Colás, y no le hubiese faltado ni un rasgo, desde la luna reflejando en el rio, hasta la mirada del negro á quien sorprendieron como espía.

—Cuando silbaban las balas, cuando caia un compañero á nuestro lado, venia á nuestra memoria el recuerdo de los padres, de la casa en que nacimos, de la mujer que nos habia hecho sentir por primera vez. ¡Qué momentos aquellos!

Así decia Colás fijando una mirada en Lucía: aquella mirada llamó la atencion de todos, y pudieron observar que Lucía se hallaba presa de una distraccion extraordinaria.

Miraba hácia la vereda que conducia á la casa del Relój. Por aquella vereda atravesaba un hombre á caballo. Al claro resplandor de la luna veíase que llevaba ancho sombrero de palma, y distinguíase perfectamente su traje.

—Ya vuelve el amo,—dijo uno de los mozos que se hallaban en el círculo...

—Buenas noches, Lucigüela,—dijo el ginete

en alta voz desde la vereda...—Buenas noches Tomás y la compañía.

—Buenas noches,—respondieron á coro los labradores, y se disolvió la reunion.

La última que dejó su puesto fué Lucía.

A través del espacio encontráronse las miradas de la jóven y la del ginete.

Al retirarse de la rueda los mozos y las muchachas en distintas direcciones, la mayor parte de ellos se entretenian en murmurar de la pobre Lucía.

—Vamos, que el viejo vá á tener que sentir en sus últimos dias,—exclamaba una pizpereta, corre vé y díle y la más chismosa de aquel contorno,—Dios quiera que la hija no siga el camino de la pobre Magdalena...

—Milagro será que no haya historia en el pueblo. Yo no sé como Colás está ciego por esa chiquilla...

—Pues ya tendrá que sentir.

Llegaron los distintos grupos á sus respectivas casas. Cerróse la alquería. Cubrieron por completo la luna negros nubarrones, y todo

anunciaba una de esas tormentas de verano que llevan consigo los horrores de una tempestad.

Oíanse con claridad las campanadas de las doce en todos los relojes de las iglesias de Valencia, y acercábase más y más la nube.

Un silbido especial oyóse cerca de la alquería.

Hubo un instante de silencio.

Despues abrióse una de los ventanas, y al fulgor de los relámpagos, podria verse el rostro de Lucía.

El breve diálogo que sucedió entre ella y un desconocido fué el siguiente:

—Lucía.

—Señor... Cómo se atreve usted...

—No sé qué espíritu me impulsa... Lucía... Te amo, te amo...

—No puede ser, no puede ser. Usted debe su amor á alguna encopetada dama que le haga honor, pero no á una infeliz aldeana... que le haria á usted infeliz. Váyase usted, váyase usted... Yo no sé por qué le tengo á usted

miedo, por que á una mirada suya me extremezco...

—Ya lo sabes: es preciso que te vengas á Valencia: que hagas que tus abuelos vengan tambien... Allí hay más distracciones: yo te daré más riquezas: vestirás con lujo... brillarás en el mundo como debes.

—Si van mis abuelos, iré; sinó...

—No tendrás más remedio que abandonarlos, porque aquí, ya lo ves, comienzan á murmurar y se atreven á dudar de tu honradez...

Al llegar á este punto, un trueno espantoso resonó en el espacio. A la luz del relámpago hubiera podido verse un bulto que parecia ocultarse detrás del árbol próximo.

A poco rato sonó un tiro, y cayó al suelo el hombre que se hallaba hablando con Lucía.

A la mañana siguiente, los labradores se paraban junto á la reja de la alquería, y seguian un rastro de sangre que iba á parar hasta la casa del Relój.

En muchas dias no volvió á ver nadie al dueño de la casa próxima.

Decíase que habia recibido una herida mortal, y crecieron las murmuraciones por haberse visto las manchas de sangre desde la reja de Lucía á la casa próxima. Una mano teñida en sangre habia impreso la señal al lado de la reja.

II.

El propietario de la casa del Relój era uno de esos tipos que llaman la atencion aún en las grandes ciudades por los actos de su vida. Era lo que se ha dado en llamar un hombre excéntrico, un ente singular. Habia venido de Méjico haria como dos meses. Decíase que allí tomó parte en las luchas civiles de aquel pueblo, y aún se le creia adicto á los que en la isla de Cuba dieron el grito de independen-

cia. Amigos no tenia ninguno: su sociedad la formaba un pobre viejo que habia servido en la guerra de la Independéncia, y un hombre llamado por apodo Rompe-Dientes (1), que habia ganado aquel título en varias luchas, pues su primer puñetazo era á la boca del contrario. De atléticas formas, de mirada siniestra, Rompe-Dientes tenia fama de valenton, y era uno de los mozos más temidos de la ribera del Júcar. Los labriegos de las cercanías de la casa del Relój respetaban á Rompe-Dientes, á quien veian con frecuencia seguir con la escopeta al hombro y á pié á su amo cuando salia á largas distancias. Aseguraban que aquel á quien llamaban el americano habia traido mucho oro de aquellas tierras, y se formaban mil comentarios sobre el uso que hacia del dinero. Oigamos alguno de los diálogos entre los labradores del contorno relativos al americano, porque por sus palabras se podrá conocer lo que pensaban.

(1) Trenca-dents en dialecto valenciano.

—Tia Rosa, ¿no ha visto usted hoy al de las barbas?

—No, hija mia,—contestaba una vieja, esqueleto viviente de ochenta años, de trémula y gangosa voz, de ojos ocultos en la profundidad de las órbitas, de boca hendida y nariz inclinada hácia la punta de la saliente y huesosa barba;—pero llevàd cuidado con los chiquitines, porque segun dice Colás el licenciado, que ha estado en Madrid cuando vino de la Habana, allá en la córte ha habido casos de niños robados, y las pobres madres estaban alborotadas, porque se dice que habia algun hombre que se los llevaba para matarlos y hacer herejías con los cuerpos de las infelices criaturas (1), mira, Dios te libre de pensar

(1) Esto es histórico. En Madrid hubo el año 1870 poco menos que un motin contra algunos transeuntes, por haber corrido la voz de que unos hombres con trazas de extranjeros arrebataban á los niños y los hacian desaparecer. Caso hubo en que un honrado vecino se vió acometido por una turba, á consecuencia de haberse corrido la voz de que era autor del rapto de una niña.

mal, pero ese don Casimiro, que parece un hereje y que tanto se guarda de que lo vean, algo malo oculta. A fin del invierno pasado juraria que debajo de la capa traia algun niño robado á su infeliz madre.

—Calle usted, porque me da miedo, y yo, que tengo siempre jugando en la carretera á mi Paca... Mírela usted... mírela usted... Aquel es mi sol, mi vida, la luz de mis ojos. Ven acá, princesa... ven acá.

La niña, desgreñada, súcia, descalza, hecho girones el vestidito y con un pedazo de pan negro en la mano, corrió hácia su madre: esta la recibió en sus brazos, la levantó en alto, la besó muchas veces y exclamó:

—Ya vé usted... Si á mí me quitaran este corazon mio... ¡Ah!... No quiero pensarlo...

Aquella madre tomó un aspecto horrible. Reflejaba en el semblante toda la sublimidad del terror y de la furia. Dió una mirada espantosa á la casa del Relój, una de esas miradas que expresan todo un poema de sentimientos. Aquella mirada era un desáfio á

muerte. La madre parecia poseida de una ira salvaje. No mira con más furor la leona al sentirse herida cuando le roban sus cachorros.

—Oye... oye... no te compongas así... que en este sitio no se atreverá él á hacer de las suyas... Pero calla, ¿á dónde vá toda aquella gente?... Se acercan: van á pasar por esta senda...

Efectivamente, venian varios grupos de labradores y de muchachas de aquel delicioso paisaje, y pasaron junto á la vieja y la madre.

—¿A dónde irán?—preguntó la vieja.

—Abuela, vaya una pregunta,—respondió un mozeton alto y airoso, limpio y aseado,—bien se conoce que habrá usted pasado la noche rezando á Santa Bárbara para que se fuese la nube ó murmurando del prójimo...

—¿Pues qué hay?—preguntaron á coro las dos mujeres, que seguian ya la direccion del grupo. Al hacer la curiosa pregunta estuvo en poco que la vieja cayese, porque al co-

locar un pié en un charco formado por la lluvia de la noche anterior, era el bache que el agua cubria bastante profundo, y sinó la sostiene la compañera de interrogatorio, de seguro que la pobre anciana hubiera visto sus huesos en el charco.

—Poca cosa,—interrumpió un chico apretándose el pañuelo empingorotado á la valenciana y dando un salto para no caer en otro bache.—Vengan ustedes y verán.

Llegaron todos á la casa de Lucía y delante de la reja. Una exclamacion de horror salió del pecho de la anciana: la mujer que la acompañaba apretó entre los brazos á su hija y no quiso mirar más las manchas de sangre.

—Aquí están las señas de las balas,—dijo el chico señalando á la pared,—y aquí una mano teñida en sangre parece que se ha apoyado...

—¡Ave María Purísima!—exclamó temblando la vieja y recorriendo con la vista el camino que trazaba la mancha de sangre,—esto vá á parar á la casa del Relój.

—El juez ha venido esta mañana y ha pedido declaracion al pobre tio Tomás, á la señora María y á la chica,—dijo el chico, que era una especie de gacetilla ambulante de aquel contorno.

—Pues ella sabrá lo que es,—repuso la vieja;—ella que vá perdiendo la cabeza y parece mentira, ¡tan buena como la creimos!... ¡Vea usted... vea usted, quién lo habia de decir!... Aunque yo, líbreme Dios de hablar mal de nadie, ya tenia mis sospechas... porque ese hereje de don Casimiro y esa chicuela que tuvo una madre tan desgraciada... desgraciada porque quiso, y Dios me libre de acusarla; pero á mí me hubiera podido venir con testigos falsos y cura falso y escribano más falso... á mí... pues no faltaba más... Pero vamos, si Magdalena era ya una cualquiera, cuando me fuí á Madrid á servir... pues yo he servido en casas de mucho jaleo, y á mí aún falta la primera vez que se me haya propasado nadie... ochenta años tengo, soltera soy, pero á mí podian haber venido esos picaronazos de hoy,

esos que ahora no se acuerdan de la iglesia y se casan por lo civil... ¿De quién será esa sangre?... ¿De quién será esa mano?... ¿Quién estaria hablando con Lucía? Porque aquí debe haber algo del diablo... Dicen que hay quien ha visto...

—Yo, señora Rosa... yo, abuelita: yo he visto hablando dos noches al señor Casimiro con Lucía por esa reja...—replicó el chico, que era el tipo del pillo de playa ó mejor del granuja de ribera. Cada vez que decia algo que le parecia grave, cerraba los ojos, sonreia, y despues hacia sonar el tercer dedo de la mano rozándole fuertemente con el pulgar.

—Pues ahí tenemos el quid. Algun padre de los que han sabido que el señor Casimiro es ladron de chicos, ha venido esta noche pasada y ha dicho... un pillo menos,—decia la vieja.

—Calle usted... calle usted, que yo conozco al señor Casimiro y sé que es incapaz de eso que se dice... el robar hijos á sus madres... vamos, ¡cuántas patrañas! Podrá haber sido un

truhan de siete suelas cuando era jóven, pero ahora el pobrecito...

—Sí, el pobre ya encontró quien le compadeciera...—replicó la vieja, y sorbió una cantidad de tabaco descomunal.

—Usted le tiene rabia,—dijo el chico,—porque él no ha querido que usted fuese la mediadora, que usted bien le quiso buscar los cuartos ofreciéndole...

—Calla, calla, Manolito, que no sabes lo que te dices. Pero pregunto yo: ¿quién de vosotros se atreveria á casarse con Lucía?... Pobrecita, ya anda en lenguas... ¿Y se sabe quién ha sido el muerto?...

—El herido fué el señor Casimiro.

—Me alegro,—gritó la vieja con voz chillona señalándose en su cara dobles arrugas de las que tenia;—digo, no me alegro, porque al fin es prójimo y la religion...

—¿Para qué le sirve á usted la religion? Para encubrir sus maldades. ¡Pobre religion si todos fueran como usted!... Pero esa chicuela, ¡Dios nos libre de acusarla!... Como ha salido

tan desenvuelta y tan... el pobre Colás anda que bebe los vientos por ella, y seria capaz de... La verdad es que ella no lo merece... coquetuela, vanidosa... ¿Si habrá creido que vá á casarse con el americano?... No se ha hecho la miel...

—Sí, bueno es él tambien,—interrumpió una mozuela descarada, de ojos saltones, sonrisa burlona y voz áspera.—Quien como ese señor se guarda tanto de que le vean, algo malo hace por esos mundos de Dios... Yo digo lo que mi tia Rosa. Dios me libre de murmurar; pero creo que la justicia debia entrar en esa casa y llevarse bien atado al ladron de chiquillos. ¿No es verdad?

—Y tan verdad,—respondió una del corro.

—Muchacha... cállate, por Dios... Eso no son más que aprensiones y cosas de las malas lenguas, que debian estar cortadas para que no murmuren más. Dios nos ha dado la palabra para que con ella digamos la verdad, no para que, sin saberlo, digamos lo que pueda perjudicar al prójimo. Eso decia ayer tarde el señor

cura, y qué verdad que es. Así se expresaba una jóven.

—Lo cierto es,—dijo la vieja,—que por sí ó por no, es preciso que ninguna muchacha del pueblo se trate con Lucía, que está dejada de la mano de Dios.

La pobre Lucía, á cuyo dormitorio correspondia la reja, cerca de la cual hablaban los campesinos, oyó el rumor de las palabras y acercóse á oir mejor sin que la viesen. Como gotas de plomo derretido caian las voces de los murmuradores sobre el corazon de la infeliz Lucía, que tenia en mucho su honra, como la de su infeliz madre. Una idea horrible debió pasar por su imaginacion, porque se bosquejaron algunas arrugas en su entrecejo y aparecieron dos lágrimas en sus pestañas como dos perlas de rocío al desprenderse del cáliz de una azucena. La murmuracion habia comprimido aquella alma y habia hecho destilar aquellas gotas de amargura que salieron á los ojos de la inocente Lucía. ¿Qué pensamiento era el que le habia sorprendido?

¿Qué efecto habia producido aquel sacudimiento aterrador?

—Cuando los pobres reciban de mis manos el pan, me mirarán á la cara con la duda de si habrá mancha en mi conciencia... ¡Ay madre mia... madre mia!... Cuando salga yo á la calle me señalarán con el dedo, porque la calumnia ha levantado negra nube alrededor mio. En vano mi inocencia resplandece pura como el sol: con aquellas nubes se propone la murmuracion enturbiar el brillo de mi pureza... ¡Ah!... Mi vida en este pueblo es imposible.

Y diciendo esto colocó una falda de percal, un juboncito de sarga negra y un pañuelo de tul blanco bordado: envolvió aquellos objetos en un pañuelo grande y con una de las puntas del delantal procuró secar sus ojos, pero inútilmente: no habia enjugado una lágrima cuando se agolpaba á sus ojos el llanto que parecia ahogarla antes de aparecer en ellos. En su hermoso cuello se señalaban sus venas y levantaba su seno con la ondulacion del olea-

je que precede á veces á la tempestad en el mar, ese oleaje con el cual el Océano parece que intenta contener el furor que lo domina y que ha de desplegarse luego imponente y soberbio.

Lucía no salió en todo el dia de su cuarto. Los infelices abuelos se miraban atónitos. Los sucesos de la noche anterior habian llevado á sus almas todas las amarguras del dolor... ¡Pobres ancianos!

III.

Necesario es, para seguir la hilacion de los sucesos en esta historia, que tiene sus puntos de dramática, saber todo lo que pasó delante de la reja de Lucía la noche en que las nubes parecian revelar la tempestad que hervia en el corazon de alguno de los personajes de este cuadro.

Sabido es que Colás andaba observando hacia mucho tiempo la aficion de Lucía al dueño de la casa del Reloj y las consideraciones de aquel llamado el americano para la buena Lucía. Por las noches rondaba Colás los alrededores de la morada de la pobre muchacha, y con una mirada fija é indagadora preguntaba á todos los objetos, qué hacia el ídolo de su alma en aquellos momentos.

Noche hubo en que aplicó el oido á la reja, y un suspiro exhalado por los labios de Lucía hizo extremecer el corazon de Colás: despues escuchaba atento y oia una sencilla y tierna oracion á la vírgen de los Desamparados, que concluia así: «Vírgen pura, guía mis pasos, y si algun dia llegase á seguir los malos consejos del espíritu de las tinieblas, llévame antes á reunirme con mi santa madre.»

El licenciado del ejército, el hombre que habia visto insensible los horrores del combate, el que no se extremecia en el estruendo de la batalla, sentia desprenderse de sus ojos una lágrima ardiente y rodar por la mejilla.

—Soy un niño,—exclamaba con voz imperceptible;—¿pues no estoy llorando?

Y enjugaba con la mano aquella lágrima que denunciaba la ternura de su corazon.

—¡Qué buena es Lucía!... ¡Por qué no me querrá á mí, á mí que la quiero tanto!... ¡Si creerá que yo soy un holgazan, cuando trabajo como un negro por llevar un jornal á mi pobre madre anciana, cuando he hincado el hombro al trabajo, y porque no falte lo preciso á mi madre seré capaz de... qué se yo... de pedir una limosna!...

Colás era un buen hijo, y habia dado pruebas de ello.

Tenia una aficion ciega al tabaco, y era su distraccion en momentos de descanso sacar la navaja, picar un cigarro puro y envolver la picadura en el papel, pues habia desterrado aquel vicio, como él lo llamaba, y entregaba á su madre el dinero que al fin de la semana hubiera gastado en tabaco, cuyo ahorro ascendia á tres ó cuatro reales cada semana. Su madre intentaba devolvérselo, pero él decia:

—Cuatro semanas del mes á cuatro reales, son diez y seis reales: no soy ningun marqués para gastarlo en humo, que más le aprovecha á usted la gallinita que podemos comprar con ese dinero, que á mí las bocanadas de humo, que al fin acabarian por echarme á perder el estómago...

Damos á conocer este detalle de la vida íntima porque revela hasta dónde llegaba el carácter del buen Colás.

Pues bien; el licenciado era el único apoyo de su anciana madre, y ésta habia observado el abatimiento de su hijo habia ya algun tiempo.

Efectivamente, Colás, que procuraba siempre alegrar á su madre, estaba ahora triste y taciturno, se sentaba en el banco de piedra que rodeaba á la ancha cocina y se pasaba las horas enteras con los ojos fijos en la llama del hogar.

¿Qué cosas verá la imaginacion preocupada por una idea constante en los objetos que se le presentan?

¿Qué veria Colás en la llama que resplandecia al chisporroteo de los troncos?

¿Qué veria en las nubes de humo que se

elavaban hácia la campana de la chimenea?

—¿Qué tienes, Colás?...—le preguntó su madre con el acento que solo las madres tienen para sus hijos.

—Madre, no sé... No me han matado las balas, pero hay algo dentro de mí que me consume...

La víspera del dia en que así hablaba Colás, habia visto un bulto junto á la reja de la casa de Lucía: se habia acercado y habia dado las buenas noches á Lucía.

Esta le contestó temblando, y entonces vió Colás con una mirada escudriñadora el rostro de don Casimiro á la luz esparcida por el velon que ardia sobre la mesa del cuarto de la hija de Magdalena.

Lo que entonces sufrió Colás, solo es fácil de comprender para quien una vez haya tenido celos, ese horroroso tormento que comprime el corazon como por una mano de hierro candente.

Celos, martirio lento que hiere como un dardo envenenado, para Colás, que tenia un corazon,

todo sentimiento, todo ternura, fué una prueba terrible la de aquella noche.

Pero el torcedor de los celos atrae pena tras pena, conduce á su víctima á nuevos suplicios, aunque el primer impulso del corazon sea dejar para siempre al sér que causa una de las pasiones más terribles. Colás dijo en los primeros momentos para sí:

—¿Por qué me ha de querer á mí? Hace bien, él es rico... ¿Por qué he de sentir este ódio á ese hombre?... ¿Qué culpa tiene él, qué culpa ha cometido ella?... ¿Me ha hecho algun juramento?... ¿Me ha dicho que me quiere?...

Sin embargo, desde la reja de la casa de Lucía hasta su casa fué poco á poco acometido de un vértigo embriagador... Pensó en que nadie debia ni podia hacer feliz á Lucía más que él, y una nube de sangre enturbió sus ojos... Volvió la cabeza hácia el sitio en donde se hallaban Lucía y don Casimiro, y exclamó:

—¡Oh!... ¡No... no puede ser!... ¡Yo quiero

aquel corazon para mí solo, para mí solo!... ¡Si ella no tuviese á ese hombre que la atrae!...

Un momento de silencio sucedió como el que precede á la tormenta. Algun pensamiento siniestro cruzó por su imaginacion. Apretó la frente con la mano como queriendo arrancar aquella idea de su mente, y corrió hácia su casa como si huyese del pensamiento que le perseguia. Entró á sentarse en la cocina, dió un abrazo á su madre, y se tendió en el banco. La madre sufrió horriblemente: creyó que su hijo estaba enfermo y que no queria decírselo á ella...

Hizo que se acostase la pobre madre, y cuando creyó que dormia, dirigióse al rincon de su cuarto, en donde se hallaba una escopeta, y salió con sigilo en los momentos en que la tempestad arreciaba. Envolvióse en una manta morellana, cubrió con ella la escopeta para que no se mojara la carga, y con la respiracion agitada del criminal que sabe la gravedad del delito, cerró la puerta de su casa. Dió dos pasos y luego

volvió atrás, abrió otra vez y oyó la voz de su madre que lo llamaba:

—Colás, Colás, ¿vas á salir, hijo mio?...—decia la anciana.

—No, no señora... Es que iba á ver si estaba cerrando el tiempo... ¡Buenas noches, madre!

Entró Colás en su reducido cuartucho, prestó oido de nuevo y volvió otra vez á salir: cerró con más cuidado. Oyó ruido próximo y se escondió detrás de uno de los pilares que sostenian el emparrado de la puerta.

Aquel ruido era producido por una rama que se habia desgajado de un árbol. Colás tenia miedo al ruido que se levantaba en su conciencia. Mirando á todas partes, retrocediendo, ocultándose detrás de los troncos, llegó cerca de la casa de Lucía, vió que aún seguia el diálogo entre don Casimiro y la hija de Magdalena, oyó las palabras que le llegaron al corazon y no esperó más. Aprovechó el resplandor de un relámpago para tomar la puntería bien, y colocóse de modo que no pudiera

herir el proyectil á la infeliz Lucía. Se horrorizó ante la idea de que pudiera herir á aquel ídolo de su alma, y estuvo vacilante mucho tiempo. Acercóse más, y movió el dedo índice ejecutor del siniestro plan. Sonó la detonacion, y como herido por un rayo llevóse don Casimiro las manos á la cabeza y cayó sobre el camino. Lucía dió un ¡ay! terrible, desgarrador.

¿Qué hacia? No se atrevia á salir de su cuarto. Si sus abuelos la oian, ¿quién socorreria á aquel hombre?... ¿Quién sabe si habria muerto? ¡Triste situacion! Lucía movíase sin saber adónde ir ni qué resolucion tomar.

—¡Dios mio, Dios mio!... ¡Es que el cielo no quiere que ese hombre se acerque á mí! ¿Ha sido un rayo?... ¿Ha sido un tiro? Si era tiro, ¿quién se habrá atrevido?... Y ese hombre tendido ahí en medio... quizá por no acudir en su socorro, se desangrará... ¡Oh!... No... voy á despertar á los abuelos.

Y salió de su cuartito precipitadamente, tropezó en la pared que servia de baranda á

la escalera que conducia á la habitacion de los ancianos. Subió, despertólos y les dijo que habian herido á un hombre en el camino, que era preciso socorrerlo y que ella iria... que no se levantasen, que la acompañase el Segador, que así se llamaba un criado que servia en aquella casa.

Al saber que habian herido á un hombre y que se hallaba desamparado, levantáronse los pobres viejos.

No se tardó mucho tiempo sin que bajaran la escalera los ancianos con trémulo paso. Lucía, más temblorosa aún que la flor del almendro cuando el viento le hace temblar en las ramas, bajó aturdida.

El Segador, que dormia á la puerta del establo, levantóse, tomó el candil de las manos de Lucía y abrió la puerta.

Espantoso silencio reinaba. La nube tempestuosa dejaba oir á lo lejos los truenos.

El Segador acercó la luz al cuerpo que se hallaba tendido en el suelo, y exclamó:

—¡Don Casimiro!

Miráronse los ancianos mútuamente, y luego dirigieron sus ojos á Lucía.

Lucía tenia un frio horrible: el frio de la muerte; estaba pálida, sus ojos miraban con espanto al cuerpo de don Casimiro, á sus abuelos y á la reja en dónde vió la huella sangrienta de una mano.

—En la cabeza, en la cabeza ha sido el tiro,—dijo el Segador.

Y quitándose la faja, procuró secar la sangre que salia en gran cantidad. Despues se le ocurrió otra idea, y púsole tierra en la herida, envolviéndole la cabeza con la faja.

—¿Ha muerto?—preguntó Lucía.

Los ancianos no sabian lo que les pasaba.

Veian la pared manchada de sangre, y comenzaron á sospechar si el herido estaria hablando con Lucía, porque la reja se habia quedado abierta.

—Corre, Segador,—dijo el tio Tomás,—vé á la casa del Reloj, avisa y que vengan: entretanto, entrémosle en casa.

Cogió el Segador, mozo corpulento, á don

Casimiro, y sin gran esfuerzo, púsosele en hombros y fué con él hasta la casa. El cuarto más próximo era el de Lucía, y allí lo dejaron. Lucía vió aquel rostro que tenia la palidez de la muerte: aquellos ojos vidriosos y turbios, aquella terrible contraccion de la boca, hija del dolor físico más espantoso, aquella pesadez de los brazos, y tembló.

Ni el tio Tomás ni María podian articular una palabra.

Lucía miraba hácia un cuadro de la Soledad, y por sus lábios vagaban las dulces palabras de una oracion. Los ancianos estaban como aturdidos.

Vinieron los mozos de la casa del Reloj con una escalera de mano para llevarse al desgraciado don Casimiro, y al entrar en la casa, llegaban el juez y un escribano que habian tenido noticia del suceso.

IV.

¿Quién era el dueño de la casa del Reloj?

Difícil era averiguarlo si se preguntaba á aquellas sencillas gentes. Allí existia una curiosidad supersticiosa y se referian historias terribles en las cuales era don Casimiro el protagonista.

En verdad, el aspecto de aquel hombre era misterioso. Alto, moreno, de pobladas cejas, torva mirada y sonrisa diabólica, segun las viejas, y de hipócrita doblez segun otras. Barba espesa cubria la mayor parte de su rostro cruzado por las arrugas, que denuncian trabajos ó padecimientos. A veces era su mirada la de un loco, y todo el mundo huia de él como en lo antiguo se huia de un excomulgado. Acompañábale, como se ha dicho, en sus excursiones, un hombre de colosal estatuta, de voz ronca y de carácter áspero é

intratable. Decíase que era cómplice de don Casimiro, y temíanle las gentes de la aldea.

Los dos habian llegado al mismo tiempo á la alquería. La única sociedad de don Casimiro era aquel hombre, conocido por Rompedientes.

Todo era extraño en aquel hombre.

Un incidente extraordinario llamó la atencion de toda la aldea apenas hubo llegado á ella don Casimiro.

Anochecia: la luna parecia elevarse del fondo del mar, y semejaba oscilar un momento como si de la inmensa superficie saliese.

El tio Tomás hallábase sentado á la puerta de su casa, cuando del recodo del camino salió un bulto. El viejo labrador se levantó y encontróse delante á un negro bien vestido, de torva mirada y satánica expresion.

—¿La casa de don Casimiro?—preguntó el negro.

—Aquella es, —respondió el anciano con recelo.

—Bueno, gracias á su mercé;—y se dirigió

hácia ella como con temor y despues de hacer un gesto de satisfaccion íntima.

El negro no entró en la casa, se escondió tras de las tapias, y cuando cruzaba por la senda algun campesino se bajaba para no ser visto.

—¿Qué misterios serán estos?—decia el pobre Tomás.

Esto acontecia recien llegado don Casimiro.

Cuando despues de mucho tiempo sucedió la sangrienta escena ante la reja del cuarto de Lucía, á la memoria del tio Tomás llegó el recuerdo de aquel negro, y sospechó si podria ser alguna venganza

. . . .

Don Casimiro habia sido herido en un brazo y en la cabeza.

El juez y el escribano, á quienes hemos visto entrar en la casa del tio Tomás, comenzaron allí las primeras diligencias, y luego fueron á la casa de don Casimiro. De su declaracion resultó que, á la luz de un relámpago,

había visto cruzar á un hombre envuelto en una manta morellana; que al recibir la herida oyó los pasos de un hombre sobre el barro: examináronse las huellas que se marcaban en el camino y que estaban indicando el paso de un hombre hasta la casa de Colás: cerca ya de la casa encontróse una escopeta y un pañuelo, que todo el mundo declaró habérselo visto á Colás en la cabeza segun la costumbre valenciana.

Siguieron las diligencias, y resultaron evidentes indicios contra Colás. Una mujer declaró que aquel queria á Lucía y que era muy posible que ésta fuese cómplice.

Dictóse auto de prision contra Colás; pero no se encontró más que á su desconsolada madre, y aquella desaparicion fué una circunstancia que agravó más los cargos que se le hacian.

Una mañana, al levantarse los pobres ancianos María y Tomás, fueron á la habitacion de Lucía y no la encontraron en ella; llamáronla còn doloroso acento y no respondió.

—¡Hija!... ¡Lucía!...—exclamaba la pobre anciana.

—Lucigüela...—gritaba con trémula voz Tomás.

Mirábanse los dos con aterrador silencio.

Duró muchos instantes aquella triste escena.

La infeliz anciana parecia murmurar una oracion.

¿A dónde estaba Lucía? Miraron hácia la cama y vieron que no habia señal siquiera de que se hubiese acostado la infeliz. Todo revelaba lo terrible de aquella situacion para los pobres viejos.

—Ni sus sayas, ni el jubon, ni el pañuelo... ¡Dios mio!... ¡Si acaso no volverá!

De pronto un chico de los que guardaban ganados en las cercanías llegó á la casa del tio Tomás: llamó.

—¡Dios mio!—dijo la anciana;—¿será ella?...

El tio Tomás se quedó estático.

La buena María dirigióse á abrir.

—Buenos dias,—dijo el cabrero.—Vengo á de-

cirles que he visto á Lucía á la orilla del rio...

—¡Vírgen Santísima!

—Y sin que me viera me he ido acercando, acercando, porque no soy tonto y me figuraba algo...

—¿Qué?... ¿Qué?...

—Me figuraba que Lucía se habia vuelto loca...

—¡Madre de Dios!

Tomás y María apenas respiraban.

La ví mirar al cielo, cruzar las manos, y estaba ya como ciega... Apenas despuntaba el dia; yo me habia escondido entre una mata de juncos... Ví en ella un movimiento, y de pronto se echó hácia adelante.

—¡Ay!...—exclamaron los dos ancianos con la más cruel amargura.

—Pero... por algo me llevó Dios allí. No pude evitar el primer movimiento de Lucía; pero dí un salto, y cuando ya tenia la cabeza dentro del agua, pude agarrarme al vestido, tiré como un desesperado, porque yo tengo fuer-

za, y llamé en mi auxilio á San Vicente Ferrer, y...

—¡Angel de mi vida!—exclamó María cubriendo de besos la cara del pastorcillo.

—Y la saqué á la orilla.

—¿Dónde está? ¿Cómo está?

—Pasaba un carro hácia Valencia, y el carretero la vió y se la llevó al hospital...

—¿Pero cómo estaba?

—No corre peligro: sinó podia ahogarse estando yo allí; vaya...

Lo que sentí fué no poder irme yo en el carro hasta Valencia; pero, ¿cómo dejaba á mi Negrilla, que es muy saltarina, y al chotillo de la Juguetona?... No hay ganao ninguno como el que yo tengo á mi cuidao...

—¡Vírgen Santísima!... ¡Y esa chica... esa chica!... Sí, ahora Dios te ha guiado para salvarla... ¿Qué le hemos hecho para que así nos deje... para que así nos abandone?... ¡Lucía... Lucía! ¿Qué será de la infeliz sola y abandonada por esos mundos?

El pobrecillo cabrero tuvo que enjugarse

con la manga de la blanca camisa las lágrimas que no podia contener.

—Vamos, que no puedo yo ver llorar á ustedes... y eso que soy valiente, y que al que me toque una cabra le arrimo una pedráa con la honda que lo dejo atontao.

Marchóse el pastor de aquella casa, ofreciendo volver á hacer compañía á los pobres viejos en cuanto encerrase á los cabritillos.

Triste y silenciosa quedó la casa.

¿Cómo se habia atrevido Lucía á dejar la tranquilidad y á abandonar á los infelices ancianos? Si caian enfermos, ¿quién los cuidaria, quién?

Lucía debia estar loca.

Aquella alma pura y agradecida no podia tomar tan terrible resolucion sin un extravío de la razon perturbada.

¡Pobre Lucía! ¡Desgraciados ancianos!

Colás habia desaparecido tambien, y con aquella fuga parecian revelar los dos alguna culpabilidad en el delito.

¡Cuánto se murmuró en la aldea de la des-

aparicion de aquellos dos jóvenes! ¡Qué comentarios se hicieron!

Cuando don Casimiro se restableció, lo primero que preguntó fué por Lucía.

Así que le dijeron que habia desaparecido y que existian motivos para creer que estuviera en Valencia, dispuso el viaje y trasladóse á aquella ciudad.

Una de las viejas murmuradoras de la aldea aconsejó á don Casimiro.

El pobre tio Tomás estuvo tambien en Valencia; buscó, inquirió, corrió desolado. El hospital, las inspecciones de policía, las alcaldías, nada dejó por ver, y no consiguió averiguar el paradero de la infeliz Lucía.

—¡Nada!... ¡Nada!...—tartamudeaba el anciano; y apoyándose en su cayado, emprendió el camino hácia la alquería. Aún á alguna distancia salióle al encuentro el pastorcillo conduciendo una jaquilla, sobre la cual hizo subir al anciano rendido de fatiga.

—¡Bendito seas!—exclamó Tomás.

La buena María no respiraba siquiera hasta

saber lo que habia conseguido el anciano, y cuando oyó la palabra *nada*, cayó desfallecida sobre el banquillo de piedra del umbral.

V.

¿Quién era el negro que perseguia á don Casimiro?

¿Cómo con esa tenacidad le seguia tal vez desde América?

Preciso es conocer algunos antecedentes.

Llegó don Casimiro á la Habana acosado por el insaciable deseo de crearse una fortuna con la constante laboriosidad de los hijos de Cataluña. Llevó cartas de recomendacion para un comerciante acaudalado de la capital de la isla. Entró en la casa de comercio, y tal fué la inteligencia y tal el celo que desplegó, que á los seis meses el dueño le ofreció una participacion en las ganancias si continuaba con

tanto empeño dedicándose á las tareas mercantiles.

Andando el tiempo, el afan del lucro que á aquel peninsular agitaba se vió satisfecho; fué dueño de un ingenio, de varias fincas, y tenia numerosas dotaciones de esclavos. Habíale llamado la atencion las costumbres depravadas de uno de los negros; trató de reprenderlo varias veces, pero nada consiguió; todos sus esfuerzos fueron vanos.

Si entre los negros existen hombres dóciles, que reciben la instruccion aprovechándose de ella y son serviciales, fieles, amigos cariñosos y llegan á conquistarse una posicion al amparo de las leyes, otros hay que repelen toda idea que tienda á esclarecer su inteligencia y que no obedecen más que á los instintos ciegos de una naturaleza no modificada por las costumbres, por las leyes, ni aun por los principios religiosos.

Negros hay que son el tipo de la fidelidad, de la dulzura y que con gusto se sacrifican por el que les ha hecho un beneficio.

El negro que habia llamado la atencion de don Casimiro, era de un carácter feroz, y enemigo del trabajo y dispuesto á llegar hasta el crímen.

Un dia don Casimiro lo llamó á su despacho, lo exhortó y le dió consejos porque se habia enemistado con los demás negros y conspiraba contra los intereses de la casa.

Don Casimiro tenia órdenes expresas dadas al mayoral para que no se tratase á los esclavos por medio de la fuerza.

Presentóse un dia con tal arrogancia al mayoral que hasta llegó á insultarlo y á proferir amenazas.

Trataba tan cruelmente á un hijo suyo el negro, que el pobre niño buscó el amparo de la esposa de don Casimiro, riquísima criolla que hacia seis años estaba casada con él.

Fué separado el hijo del padre, y éste creyó ver en aquel acto un deseo de venganza.

El negro, que se llamaba Domingo, habia oido en cierta ocasion algunos antecedentes de don Casimiro en España, y un dia entró en su

despacho, abrió un cajon secreto y extrajo varias cartas reservadas, entre las cuales encontró una en la que se hacian revelaciones que comprometian extraordinariamente al peninsular.

El negro comprendió el efecto que aquellas cartas podian producir en doña Mercedes y una tarde, cuando ésta se hallaba sola, pidió permiso para entrar y pasó.

Aunque el orgullo de la criolla la separaba de todo trato con los negros, á veces por comparar su inteligencia privilegiada con la de los desgraciados, por ver la inmensa distancia á que se hallaba de los que padecian bajo el yugo del trabajo los llamaba á su presencia.

Reclinada en una mecedora colocada junto al balcon de la sala ochavada de color azul y plata, con flores y aromas en los cuatro ángulos de la sala, y pendiente de la hermosa cúpula que coronaba aquella estancia rodeada de espejos, una de las rarísimas aves de los bosques americanos; hallábase doña Mercedes envuelta en riquísima bata de color sonrosado suave, con el abandono de la mujer que no teme la mirada importuna y

que solo ve por testigos de su languidez á los espejos que reflejan sus formas.

Suelto á la espalda el negro cabello, adornando con sus hebras el cuello de un color moreno delicado y los hombros, que se ocultaban en parte bajo la espesa malla de la cabellera.

Sus ojos, negros como el azabache, herian si miraban con ira; eran causa de atraccion si una chispa de amor los inflamaba.

De sus lábios era tan temible la expresion de la cólera, como la del amoroso afan.

Habia tal vaguedad de luz en aquella estancia, en donde se refrescaba la atmósfera de fuego que la rodeaba; era tan misterioso el canto del pajarillo, que en la jaula cantaba, haciendo brillar los variados colores de sus plumas, que parecia la realizacion de un sueño fantástico.

Una fuente hacia saltar á grande altura sus partidos cristales, cayendo como lluvia de perlas á reunirse con las que habian caido antes.

Todo era allí frescura, luz y armonía.

Al dar aviso el negro, incorporóse doña Mercedes; pero creyó que era otra persona la que iba

á entrar, y en cuanto vió al negro volvió á reclinarse lánguidamente.

—¿Qué es eso?...

—Niña Mecede, ¿quiere oir al negro dos palabras?

—Vamos y no seas pesado, Domingo. Ya sabes que tengo yo á tu hijo á mi lado, porque tú eras muy cruel con el pobrecito y Dios no quiere eso.

—Ota cosa queré yo decirla á niña Mecedes.

—Habla.

El negro dió una mirada investigadora y tembló al ver repetida su imágen en los espejos.

Nada bueno seria el objeto de su comision cuando así se extremecia al creer que lo expiaban sus compañeros de trabajo.

Quedó vacilante, indeciso, algunos segundos.

Doña Mercedes le miró á la cara y despues estuvo observando sus movimientos á través de los espejos.

Notaba en él algo de temor.

Comenzó á sospechar la criolla y le hizo señal para que se marchara.

—Niña Mecedes, sabe que el negro quererla mucho... por eso venir hoy á decile cosa que la interesa...

—Algunas de tus tonterías.

—¡Tonterías! Aquí está la prueba.

Y sacó una carta.

Con sonrisa diabólica enseñaba el papel.

Doña Mercedes empezó á sentir alguna curiosidad; despues, de la curiosidad pasó al interés de saberlo, y de aquí el deseo vivo é insaciable de conocer el contenido de aquella carta que con tal misterio sacaba el negro.

—Algunas de las cosas de estos negros,—decia para sí como queriendo repelar el aguijon de la curiosidad, y continuaba renovando el aire con el abanico.

—¿Es el secreto de alguna conspiracion contra España y que tú has sorprendido?

—No, niña.

—Pues entonces, ¿qué es?

—Grande, grande cosa... para ese corazon...

—Vamos, retírate y déjame en paz.

—No, no; antes dejar el papel en manos de niña Mecedes...

Y acercando la carta á las manos de la criolla, incorporóse ésta y vió el nombre de Casimiro...

Ahogó un grito que tendia á escaparse de su garganta; dió á sus lábios la sonrisa de la indiferencia, que con tanto estudio saben hacer las americanas, y tomó la carta, sacando algo el lábio inferior en señal despreciativo.

Pero aquella carta parecia quemar sus manos.

—Anda, y otra vez no vengas con cuentos... A tu trabajo.

—Lea, lea...

—Mira el caso que hago...

Arrugó la carta y la arrojó á un rincon.

Pero se observó que no quiso romperla al arrugarla, ni siquiera que los pliegues despues dificultasen la lectura.

—¡Ah!...—exclamó el negro enseñando la blanca fila de dientes con una sonrisa de Lucifer...

Llevóse la mano á la cabeza y se cogió, como para arrancarlos, un puñado de encrespados cabellos.

—Márchate, márchate: estás loco.

—Lea el papel.

—No quiero: ¿qué puede interesarme á mí viniendo de tus manos?

Herido el negro en su orgullo, ó mejor dicho, en su soberbia, fué cuando se conoció que una pasion germinaba en su alma, tambien la pasion de los celos.

¿De quién?

¿Quién era el objeto que le impulsaba á amar?

Sus ojos lo decian, fijos, inmóviles, buscando los de doña Mercedes.

—¿Qué haces ahí ya?...

Con delicada mano señaló la criolla la puerta al negro, y en aquella actitud parecia una de esas hadas que sueña la fantasía de

los poetas; aérea como la nube sonrosada que se disipa al caer la tarde, inmóvil como la imponente roca en cuya base se estrella al oleaje tempestuoso.

Aparecia indiferente, sin corazon: era una estátua de carne.

El negro, al ver la señal que le hizo y con la cual no dejaba de designarle la salida, sintió un momento de indignacion, sofocó un rugido de corage, y salió buscando una mirada cariñosa.

La desesperacion daba fuego á sus ojos.

Doña Mercedes tenia la vista fija en el pajarillo que pendia de la cúpula y en las gotas de agua que lo salpicaban.

Cerró la puerta el negro.

Doña Mercedes saltó de la mecedora como la fiera al lanzarse sobre la presa.

Rápida como una exhalacion, dió un salto hasta la puerta, cerró por dentro, y luego se apoderó del papel que habia arrojado á un rincon.

¡Con que avidez lo desdobló!...

¡Si hubiera podido leerlo antes de cogerlo siquiera!...

Lo desarrugó y comenzó á leer.

Casi podria adivinarse lo que pasaba en aquel corazon.

El color de la grana primero, la palidez de la muerte despues, el entrecejo de la ira, la amarga sonrisa de los celos, las lágrimas de la desesperacion.

Todo pasaba por el rostro de la criolla como en esos cuadros disolventes en los cuales aún se vé el disco de la luna en una noche serena, cuando aparecen las enhiestas rocas de árido paisaje, en un horizonte tempestuoso y sombrío.

Tanto era el dolor cuyas señales aparecian en el rostro de la infeliz Mercedes, que si uno de esos hombres aleccionados por la experiencia la hubiera observado, su primera mirada hubiera sido para la cabeza de aquella mujer, en donde creeria ver la aparicion de alguna cana aun en la primavera de la vida.

Que las canas aparecen como un esfuerzo

del dolor muchas veces cuando no hay lágrimas.

Es que las lágrimas que no pueden salir á los ojos blanquean el cabello.

Es que el dolor hiela el alma, y el hielo del alma aparece como nieve en la cabeza.

Si aquella situacion se hubiese prolongado mucho, era irresistible.

Mercedes sacó el blanquísimo pañüelo de batista con las iniciales C. y M.

Fijóse en ellas, porque el alma dolorida no olvida ningun detalle.

—¡Casimiro y Mercedes!—exclamó ella pronunciando los dos nombres de las iniciales entre sollozos y lágrimas.

Despues volvió á mirar la carta, y dió un ¡ay! aterrador.

—La inicial de Mercedes, puede recordarle tambien á él... ¡Dios mio, Dios mio!... ¡No puedo más!...—exclamaba casi sin articular las palabras, y cayó sin fuerzas sobre la mecedora.

El pajarillo enmudeció.

Una ráfaga de viento cerró los cristales del balcon.

Entretanto, oíanse dos ó tres golpecitos suaves en la puerta.

Procuró serenarse doña Mercedes: dirigióse á la puerta y abrió.

Era su esposo que venia como siempre, contento, á darle noticias de la prosperidad de la casa y de todo cuanto comprendia que podia halagarla.

Observó la excitacion de aquella naturaleza impresionable, y se extremeció al pensar lo que pudiera haber acontecido.

—¿Qué tienes, Mercedes?—le preguntó el esposo con dulce acento.

—Nada,—respondió temblando ella con un sacudimiento nervioso que la hizo apretar la carta entre una de sus manos hasta reducirla al menor volúmen posible.

—¿Qué es esto?

—Nada, Casimiro, nada. Que tú no me engañas, que me quieres mucho, que vamos á ser muy felices, mucho.

Esto decia Mercedes con una sonrisa irónica, terrible, y con una mirada rápida para herir como el rayo.

—No sé, no sé... cómo explicarme tus palabras ni tu actitud.

—Es muy fácil: consulta tu conciencia, y ella te dirá si puedes tú estar sereno delante de mí ni yo en calma á tu lado.

Don Casimiro tenia la cualidad del hipócrita, permanecia impasible cuando le llegaban al alma las palabras.

Tenia que hacer un gran esfuerzo interior, pero lograba cuando queria que á su semblante no saliesen las pruebas del sentimiento. Sabia dominarse y aparecer sereno.

—No te comprendo.

—Yo sí que no comprendo cómo has podido engañarme y ocultar tus secretos... cómo has podido hacerme desgraciada para toda la vida... Te dije al conocerte que fueras franco, noble, que me lo revelases todo, todo... y me has engañado pérfidamente... Casimiro... ¿Para qué? Para herirme de muerte... Yo no puedo vivir

con quien ha guardado secretos de tal importancia.

—Pero Mercedes, ¿qué es esto? Mira que si llegas á despertar mi enojo con tus infundadas recriminaciones...

—¡Ah!... Amenazas tambien; de todo te creo capaz, de todo...

—Calla.

—El que como tú... ¡Dios mio! ¡Cómo he podido creerte! Bien decia mi mamá: no te cases aún, piénsalo más... ¡Oh! Los consejos de las madres son nuestra mejor guia. Llega un momento en que nos arrepentimos de no haberlas escuchado. Casimiro...

La pobre Mercedes, padecia horriblemente.

Parecia que la sangre se agolpaba á su cabeza. Sus ojos tomaban una expresion de insensibilidad extraordinaria.

—¿Pero qué es esto, qué pasa aquí?

La infeliz Mercedes sin poder articular una palabra, extendió el brazo y enseñó á Casimiro la carta apretada momentos antes por la nerviosa mano.

—¿Qué tienes? Nunca te he visto así... ¿Qué papel es este?

—Lee,—exclamó Mercedes dando paso á un suspiro que habia estado contenido mucho tiempo en el corazon.

Don Casimiro miró el papel, lo desdobló, y una sonrisa con apariencias de inocente asomó á sus lábios cárdenos.

A la vista de aquella carta no fué posible que el sentimiento que despertó en el esposo de Mercedes el recuerdo que le trajo á la memoria, dejase de salir al rostro.

Mercedes estudió con fijeza los rasgos que aparecian en el semblante de Casimiro.

Tan hipócrita como era, no tenia bastante serenidad para que fuesen á parar al fondo de su alma recuerdos y sentimientos que flotaban sobre aquel encontrado oleaje de afectos distintos.

Procuró serenarse. Trajo á sus lábios una sonrisa forzada y quiso dar á sus ojos la expresion de la tranquilidad.

Imposible; el volcan que hervia en su cora-

zon, no podia estar encerrado mucho tiempo.

—¿Quién te ha dado esta carta... Mercedes?... ¿Quién ha sido el infame que ha querido desgarrar tu corazon de este modo?... Dímelo... No es fácil que tú la hayas encontrado... Mercedes, dímelo.

—¡La Providencia!... No hay que pensar ya en la persona que pueda habérmela entregado... no...

—Mercedes... cálmate, te expones á una enfermedad de las que en tí son tan frecuentes... ¡Por Dios!...

La fiebre se presentaba con todos sus síntomas. Mercedes sintió frio, languidez mortal; los ojos perdieron su animacion.

—¡Lo ves, lo ves! Cálmate, vida mia, cálmate. Olvida esta invencion de amigos falsos. Esto no es más que el ardid de algun compañero de colegio. Recuerdo que esa carta le hizo á mi padre el mismo efecto que á tí...

Casimiro tendió una mirada en derredor; con ella expresaba el temor de ser oido.

Como el negro, su propia imágen, refle-

jada por los espejos, le habia atemorizado.

Súbitamente, la cabeza de Mercedes inclinóse hácia el respaldo de la mecedora.

Casimiro puso la mano en la frente de su esposa.

—¡Arde, Dios mio!... Las pulsaciones muy frecuentes y duras... ¡Ah!... Si tendré que acusarme...

Aturdido, llamó á las doncellas para que condujesen á doña Mercedes al lecho.

En aquel momento padeció don Casimiro horrible angustia. ¿Qué pasaba en su corazon?

¿Cuál era el contenido de aquella carta?...

Pasaron los dias. La enfermedad de Mercedes se agravó.

La desesperacion del esposo no puede expresarse por medio de la palabra. Era preciso verlo.

El negro creyó que don Casimiro habia atentado contra su esposa por arrancar de sus manos la carta, pues entre los criados se decia que hasta la habia amenazado con un rewólver.

¡Cómo se desfiguran los sucesos de una familia en las narraciones de los criados!

Un dia muy nebuloso y triste iba y venia con precipitacion la servidumbre de la casa de don Casimiro.

—Se muere...—decíanse unos á otros.

—¿Llegará á la noche?...

El dueño de la casa no salia de la alcoba. Su semblante se habia desfigurado en pocos dias. Más hundidos sus ojos, más prominentes los pómulos, más marcados los huesos de las sienes; parecia otro.

Salia de la alcoba para enjugar alguna lágrima.

Los colores y los perfumes de la habitacion en donde vimos por primera vez á Mercedes, habíanse trocado en tristeza y desencanto.

Al anochecer de aquel dia, Mercedes estrechó por última vez la mano de su esposo y entreabrió los lábios para pronunciar un adios que no pudo salir de ellos.

Una de las terribles enfermedades que en América cortan de pronto los dias de la exis-

tencia, se habia cebado en la desgraciada Mercedes y la habia llevado al sepulcro.

Don Casimiro encerróse en su despacho y se temió que la desesperacion le llevase al extremo de acabar con sus dias.

A nadie era permitido entrar en el despacho.

Asuntos urgentes del comercio le obligaron á salir.

Una noche, al retirarse don Casimiro de su establecimiento mercantil para dirigirse á su casa, en donde el tédio le comprimia, oyó cerca pasos. No tenia recelos de que nadie le quisiera mal, y no le llamaron la atencion.

Pero de pronto siente que le acometen.

La hoja de un machete pasó describiendo un semicírculo por delante de su pecho.

Con serenidad extraordinaria levantó el brazo sobre el que le amenazaba y pudo asegurarlo con la mano derecha, no sin recibir una herida en ella.

—Desgraciado, ¿qué haces?—gritó.

—Erré el golpe,—dijo el agresor, y cayó de rodillas.

Era el negro Domingo.

—¡Tú eres, infame!... ¡Tú!... ¿Qué ibas á hacer?

—Perdon, no habia conocido á su mercé...

—¿No, eh?...

Y levantando la mano, le dió tal golpe en la mejilla, que el negro cayó rodando al suelo.

—No te entrego á los tribunales, porque miserables como tú no valen la pena de que se les persiga...

Don Casimiro guardó el machete con que el negro le habia herido, y siguió adelante.

La soledad en que vivia el esposo de la infeliz Mercedes, aterraba; parecia un castigo providencial.

Ni un amigo siquiera. El único que le acompañaba en su soledad era el recuerdo de la pobre Mercedes y otra sombra de la cual no podia verse libre jamás.

Resolvió cerrar la casa y volver á la Península.

Se le tenia por sospechoso.

Creian muchos defensores de España que don

Casimiro estaba en relaciones frecuentes con los insurrectos.

Habia llegado á su noticia que se intentaba embargarle los bienes.

Su aislamiento fué más decidido.

Efectivamente, él habia estado en Méjico y tomó parte en las contiendas civiles de aquel país.

Despues del fusilamiento de Maximiliano hizo un viaje á la Habana, no habiendo dejado de tomar una parte activa en aquella terrible catástrofe.

Por fin realizóse su regreso á España y se instaló en Valencia. Compró la casa del Reloj, y sabida es ya desde entonces la historia de aquel hombre singular.

Ya sabremos á su tiempo cuál era el contenido de la misteriosa carta.

El negro habia creido que la causa de la muerte de doña Mercedes habia sido aquel hombre, y juró vengarla. Por eso le acometió entre las sombras de la noche.

Don Casimiro le dió la libertad al venir á Es-

paña; pero Domingo le siguió deseoso de vengarse, porque sintió un ódio invencible hácia él.

Encontró una familia con quien hacer el viaje á España en calidad de ayuda de cámara, y llegó á la Península un mes despues que don Casimiro.

VI.

¿Qué habia sido de Lucía?

Llegó á Valencia, y buscó una casa en donde servir como criada.

No tardó en encontrar una en la cual habia huéspedes.

Resistiósele la idea de adoptar aquel camino, pero la necesidad la obligó.

Muchas veces habia pensado volver á la casa de sus abuelos; pero, ¡cómo, si la murmuracion se habia ensañado en ella!

Resignóse á servir. ¡Cuánto sufrió la desgraciada!

Maltratábanla los huéspedes por el olvido más insignificante.

Desesperada un dia, salió á la calle con el fin de no volver más á aquella casa.

Al atravesar la puerta del Mar pareciόle que la llamaban.

Oyó bien claro, ¡Lucía, Lucía! volvióse y vió á una de las ancianas que vivian en las casas próximas á la alquería de Tomás.

Alegría, vergüenza.

Todo á un tiempo se agolpó al corazon de la infeliz jóven.

—¡Qué casualidad,—dijo la vieja,—qué casualidad!... Si te hubiera buscado...

—¿Y mis abuelos?—preguntó Lucía.

—No tengas cuidado por ellos, ya se irán consolando. Hija, has hecho bien en salir de allí y no volver. Aquello es un semillero de chismes y cuentos; bien que tú ya lo sabes; no necesitas que yo te lo diga.

—¿Y don Casimiro?

—Está ya bueno, hija. Afortunadamente pudo librarse... pero mira tú, Colás; ¡quién lo habia de decir!

—¿Con que fué Colás?...

—Es claro. ¿Quién habia de ser? Y vamos, ¿qué haces tú por aquí?

—Estaba sirviendo.

—¡Hija mia!... ¿Y ahora?

—No quiero volver.

—Bien hecho... A propósito, hija, yo tengo una habitacioncita para las dos y podremos vivir como dos ángeles...

—Pero á usted la visitan los del contorno de la alquería.

—Nadie, nadie...—repitió la vieja sin poder ocultar la alegría que rebosaba en su espíritu.

—¿Me habrán aborrecido mis abuelos?

—Figúrate tú, como que creen que tú habias tenido parte en el asesinato que Colás...

—Señora Rita, eso no puede ser... ellos creer...

—Y mira, anda lista, porque es posible que la justicia...

—Eso no puede ser, señora Rita... ¡Ah! Vámonos, vámonos á la casa en donde usted vive... quiero llamar á mis abuelos, y que sepan que soy inocente.

—Ellos... sí dicen de tí...

—No puede ser.

—Pues bonitos están... para... Ayer mismo me lo dijo don Casimiro.

Al pronunciar este nombre, la vieja miró con avidéz á Lucía con el objeto de analizar el efecto que habia producido aquel nombre en el corazon de la jóven.

—¿Está aquí don Casimiro?—preguntó bajando los ojos.

—Viene y se vá enseguida.

—¡Ah!... Pues entonces no quiero vivir yo en Valencia.

—Vamos, no seas tonta. Yo te proporcionaré trabajo, coserás para fuera, ganarás un jornalito decente, vestirás bien y verás... verás... qué vida vamos á llevar.

—¡Ay, señora Rita!... Yo no sé lo que siento... pero creo que debo salir de Valencia hoy mismo.

—Te guardarás muy bien. Yo aquí represento á tus abuelos, y debes respetar mi consejo. Si te quedas á mi lado, yo convenceré á Tomás y á María y volverás á ser objeto de su cariño.

—¿Sí?

—Sí... Vamos... vamos.

Siguieron andando largo trecho, hasta llegar al fin de la calle del Mar, en donde se paró la vieja á la puerta de una casa de buen aspecto.

—Aquí es,—dijo.

—¿Aquí?

Lucía extrañó que la señora Rita habitase aquella casa siendo una pobre labradora á quien nadie conocia más medio de subsistencia que lo poco que recogia en las casas de campo.

—¿Te extraña que yo viva en esta casa?... Pues hija mia, la fortuna me trajo á un sobrino muy rico que no quiere verme pasar dias de escasez y de miseria. Sube, sube...

Llegaron al piso segundo y entraron en él con asombro de Lucía y satisfaccion de la vieja.

—Ven acá, Lucía, dijo ésta, llevándola á un gabinetito modesto y sencillamente amueblado.—Esta será tu habitacion. Aquí tu veladorcito para trabajar. ¿Ves? En este balcon tiestos con flores para que no olvides á los que cuidabas con tanto esmero... ¿Lloras?... Alguna tontería... ¿Te acordarás de Tomás y de María? Ya vendrán, ya vendrán... yo los haré venir.

—¡Ah!... Dios se lo pague á usted.

—Ven, verás qué deliciosa vida. Tu trabajo, luego á dar un paseito por las tardes... Al fin de la semana te pagarán el jornal; como no lo necesitarás lo ahorras, y ni una princesa podrá igualarse á tí. Vamos, descansa, luego cambiarás de traje, y si acaso la justicia te persiguiera creyéndote complicada en aquel atentado de Colás, varías de nombre, y quién te conoce. Por otra parte, don Casimiro declarará que no hay motivo para que te compliquen en la causa... y...

—¿Pero es que usted vé á don Casimiro?

—Es claro, todos los dias.

—¿Todos los dias?

—Como que viene aquí.

—¡Ah!... No, no puedo seguir un momento más en esta casa.

—¿Por qué, tonta? No te expones á correr por esas calles con peligro de que te cojan, porque luego para librarte... costaria más trabajo.

—¡Ay señora Rita!... ¡Qué desgraciada soy!

—Calla, calla...

—¿Qué me importa que me coja la justicia? Al fin se convencerá de que soy inocente.

—O no, Lucía, ó no, que cosas peores se han visto...

—¡Válgame Dios!... ¿Pero no vé usted que mi honra padece si saben que estoy en la misma casa que visita don Casimiro?... Y luego, yo no sé, por qué aunque le quiero, no es como podria querer á otro hombre, le quiero; no sé explicarme... Usted no me comprende.

—Vamos, vamos, te dejo sola. Descansa y no pienses más que en la nueva vida que te espera.

Salió Rita de aquella habitacion diciendo para sí:

—Ya está enjaulada. Cuidado que ha sido casualidad... ¿Quién ha guiado mis pasos? Bien dice el refran, á quien madruga... Dios le ayuda... ¡Cuántas veces me ha preguntado don Casimiro por esa chiquilla! Al fin he logrado encontrarla. Qué demonios; don Casimiro me ha puesto esta casita para tener un punto de parada cuando viene á Valencia, que es casi todos los dias, y no va mal que digamos...

En este punto del soliloquio interno se hallaba la vieja cuando oyó que llamaban, corrió presurosa y recibió con un ¡ay! al recien llegado.

Era don Casimiro.

Veíanse en su rostro las señales del dolor.

Ahora que ya conocemos parte de su historia, no nos serán extraños el misterio de que se rodeaba, ni la sombra que parecia seguirle á todas partes.

Nada le satisfacia, nada le halagaba.

Sus ojos, de mirada opaca y sombría, las negras cejas, el entrecejo fruncido, la barba negra que dejaba solo libres los pómulos, el traje enlutado, y á todo esto la amarga sonrisa con que casi siempre oia á los que le hablaban, formaban de él un conjunto no muy simpático.

—¿Qué es eso?—exclamó al ver la alegría de la anciana.

—Que aquella pobre muchacha, Lucía...

—¿Qué?

—Está aquí.

—Aquí, en Valencia.

—En Valencia y en esta casa.

—¿En esta casa? ¿Cómo?

—Porque yo la he encontrado y me la he traido. Ella no queria venir, pero ya ve usted qué habia de hacer la pobre por esas calles... ha estado sirviendo.

—Comprendo que no quiera estar aquí... ¡Pobre Lucía!... La acusan, cuando ella, si hubiera podido interponerse, hubiese preferido morir... O yo debo dejar de venir á ella, ó ella no puede estar aquí más tiempo.

—Pero don Casimiro...

—Nada... No quiero que me vea... no debe verme...

En este momento abrió Lucía la puerta y quedó atónita en presencia de aquel hombre.

—¡Ah!...—exclamó;—¿qué es esto?... Bien decia yo que debia salir de aquí cuanto antes. ¡Cómo no me engañaba cuando creí que el amor que usted me juraba no era verdad!... Han tendido ustedes una red á mis pasos.

—No, Lucía, no... Si hubiera usted oido mis palabras no me juzgaria así... Hace usted bien en adoptar esa resolucion. La virtud descuella siempre en donde quiera que se halla, y ese rasgo de su carácter hace que la quiera á usted más...

—Perdone usted, no puedo escuchar más tiempo...

—Pero bien, es natural que usted no quiera permanecer aquí en donde yo estoy; ¿y á dónde va usted á dirigir sus pasos?

—Qué sé yo...

—Me han dicho que atentó usted contra su vi-

da... Eso es un crímen. La vida no nos pertenece, hasta que Dios disponga de ella...

—Vamos, es un santo,—murmuró la vieja.

—Yo seré el que deje de venir á esta casa... pero usted, ¿cómo se va á exponer sola... sin amparo?...

—¡Oh!... ¡Sí... sí!... La Vírgen me amparará... Me voy... me voy.

—No me atrevo á detenerla á usted... pero nos volveremos á ver.

—Dios lo sabe...

La vieja dirigióse á Lucía, y en voz baja la dijo:

—No te vayas, que te pierdes.

Lucía, con un movimiento de repulsion se apartó de la vieja, y lanzando una triste mirada á don Casimiro, despidióse.

—¿A dónde irá?—exclamó don Casimiro.—Es preciso que la siga usted, señora Rita.

—¿Y para qué, si es una chica cerril?

—¿Para qué? Para socorrerla... Vaya usted, vaya usted.

—Buen socorro nos dé Dios...—dijo la vieja.

Y colocándose el velo, hizo como que pensaba ir de prisa, pero bajó con mucha lentitud las escaleras.

Cuando llegó á la calle ya no se veia á la hija de Magdalena.

¿Qué seria de aquella desdichada jóven sola en las calles de Valencia?

Don Casimiro pensó hacer venir á Tomás y á María á la capital, y de este modo dar á Lucía el descanso y una posicion modesta.

Temblaba ante la idea de unirse á ella con los vínculos de la iglesia.

—¡Y si la hago tan desgraciada como á Mercedes y á!...

En un mar de confusiones agitábase el espíritu de don Casimiro.

¿Qué habia sido de Colás?

Vamos á saberlo.

VII.

Desde que salió de su casa, corrió sin rumbo por el campo, aturdido, como huyendo de las sombras que por todas partes veia.

Al llegar á cierta distancia paróse, miró hácia la casa en donde su pobre madre estaria llorando amargamente, y á la luz de un relámpago vió la puerta que él habia cerrado, el umbral en donde tantas veces habia sido objeto de las caricias de su madre.

—¿Qué he hecho yo?—decia para sí.—¿Qué he hecho yo?

Y las lágrimas humedecieron sus ojos.

—¿Qué daño me habia hecho aquel hombre? ¿Qué culpa tenia él?... Y ahora, ¿quién cuidará á mi madre? ¡Ah! No tengo perdon de Dios, soy el peor de los hombres.

Rendido se hallaba su espíritu como su cuer-

po. ¡El, que idolatraba á su madre, verse precisado á huir de ella!...

¡Y despues á darle el terrible martirio de saber que su hijo era asesino!...

Esto, sobre todo, hacia latir con tal violencia el corazon de Colás, que pudieran haberse contado los latidos como los pasos que con tanta precipitacion daba.

—¡Asesino yo!... ¡Y habrá muerto!... ¡Oh!... ¡Si ese desgraciado tenia hijos!... ¿Qué he hecho yo?... ¡Madre mia, madre mia!...

No pudo continuar; rendido de fatiga y de pena dejóse caer sobre un monton de piedra que habia al lado de la carretera.

No sabia ni donde estaba. Parecióle un siglo la noche. Con la cabeza entre las manos estuvo allí largo tiempo.

Fueron disipándose las nubes con las sombras de la noche. El horizonte quedó limpio y despejado por la parte de Oriente. Los suaves resplandores de la aurora comenzaron á anunciar la luz del sol. Las gotas que la lluvia habia dejado en las hojas de los árboles,

brillaban como perlas, y la naturaleza, en fin, despertaba.

Colás seguia sumergido en una especie de letargo, cuando le sacó de aquel estado un golpe algo rudo en el hombro izquierdo y una voz que le despertaba con un grito.

Levantóse rápido como una exhalacion y encontróse enfrente á dos guardias civiles.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó uno de ellos.

—¿Yo? Estaba... descansando...

Miró un guardia al otro al notar el aturdimiento de Colás.

—¿Y el sombrero?—preguntáronle.

—Se me ha perdido.

—¿En dónde?

—En... no sé... cuando estaba dormido.

—¿Dónde vives?

—Allí... más arriba... en... cerca de...

—¿Cerca de la casa del Reloj?

—Sí, sí señor... ¡Ah!... No... no... yo en Valencia.

—Bueno.

—¿La cédula de vecindad?

—No la llevo encima; pero mi madre la tiene.

—Vaya, pues te acompañaremos adonde está tu madre. Allí es posible que se te haya perdido algo... Ea... pasa delante y darás más explicaciones.

—Señores, que yo no he hecho nada. Si se figuran que lo que ha pasado esta noche pasada en la ribera...

—¡Ah!... Bueno, bueno, eres buena alhaja.

El sol fué apareciendo y el rostro de Colás se vió entonces con todas las señales del dolor más intenso.

Condujeron al infeliz hasta Valencia, y en el camino los dos guardias simpatizaron con el desgraciado. Refirió que habia servido en el ejército de Cuba, y entonces uno de los guardias lo miró detenidamente, y exclamó:

—¿Has estado en la defensa de Victoria de las Tunas?

—Sí, señor.

—¡Es verdad!... ¡Es el mismo! Colás, ¿no me

conoces? El compañero á quien llevaste herido desde la trinchera, y que se salvó por tí...

—¡Ah! Ramon Castelló.

Los dos camaradas se abrazaron.

Por un momento se olvidó Colás de los sucesos de la víspera.

El guardia que le abrazó sintió inexplicable emocion.

Le debia la vida; pero junto á aquel placer se levantaba el sentimiento de verle con todas las circunstancias del crímen. ¿Qué hacer? Miraba al otro guardia y despues á Colás.

—¡Qué situacion esta! Yo le salvaria de buena gana... pero el deber... el otro compañero... Si yo pudiera... ¿Será verdad que está complicado en el asesinato del dueño de la casa del Reloj?

Luchando entre la amistad y el deber estuvo largo tiempo Castelló; pero venció el deber.

Colás fué reducido á prision.

Despidióse de su antiguo camarada, diciéndole:

—Sé que has padecido mucho desde que me has reconocido... No has podido hacer otra cosa. Ante todo, el deber. Aunque hubieras llegado á proponerme la fuga, yo hubiese rehusado.

Castelló estrechó la mano de Colás, y dos lágrimas surcaron sus tostadas mejillas.

Los dos soldados parecian dos niños.

Desde la reja veia pasar á veces á un jóven acompañando á una anciana, y decia: ¡Madre é hijo!... Así iria yo con la mia... pero ese no habrá sido asesino, no habrá osado atentar contra la vida de nadie.

Una de tantas tardes que se colocaba al lado de la reja envidiando á los que en libertad vivian, recibió una sorpresa extraordinaria.

—¡Dios mio!—exclamó levantándose y cogiéndose á los hierros de la reja...—Es verdad... No quiero que me vea aquí, pero, ¿qué me importa?... ¡Lucía... Lucía!...

Y gritaba desaforadamente.

Era ella: era Lucía que pasaba por delante

de la puerta de la cárcel uno de los dias en que recorrió las calles de Valencia buscando casa para entrar en ella á servir de criada.

La hija de Magdalena oyó la voz y se paró un instante. Miró á la reja, y vió un brazo que salia á la parte de afuera y una mano que agitaba un pañuelo.

—¿Será á mí?—dijo.

Y estuvo mirando con fijeza.

—¡Lucía... Lucía!...—volvió á decir la voz.

Ella se acercó, y pudo reconocer el semblante demacrado de Colás.

Lo que pasó por el corazon de Lucía no es fácil explicarlo. Aquel hombre estaba preso, y el amor hácia ella habia sido la causa, hácia ella que casi lo habia despreciado por don Casimiro, que cada dia iba siendo más imposible para su amor.

Colás vió que Lucía se acercaba y que al reconocerlo se enjugaba las lágrimas.

—¡Ah!... Me compadece... ¿Y mi madre?...—gritó Colas con desgarrador acento.

—No la he visto hace mucho tiempo.

—¿No estás ya en el campo?

—No,—respondió con ahogada voz Lucía.

—¿Y tus abuelos?...

—No los veo...

—¿Qué es esto?—murmuró Colás.—¿Cómo es posible?... ¿Qué hay aquí?.., ¿Qué sucede?...

Vió que Lucía se apoyaba en la pared como desfallecida, y que lloraba amargamente.

—¡Madre mia!... ¡Yo aquí preso y ella desconsolada... desfallecida, sin tener quien la socorra!... ¡Oh, vírgen mia!... ¿Qué hago yo?... ¡Malditos hierros!

Como Lucía se habia acercado á la misma pared en donde estaba la reja aunque á gran altura, Colás ya no podia verla.

Hacia esfuerzos y solo conseguia imprimir en su frente y en sus mejillas la señal de los hierros.

Tal fué la desesperacion del preso, que parecia que los hierros habian producido una herida en su frente.

—¡Lucía... Lucía!...—gritó con extraño acento.

Nadie respondió.

Colás, desalentado, sin fuerzas, cayó sobre el pavimiento.

Habia sido muy ruda aquella prueba.

Cuando Lucía volvió en sí, la tenian en la pobre casa de unos pescadores y la proporcionaban alimento para reanimarla.

Muchas horas hacia que el hambre comenzaba á hacer en ella estragos.

VIII.

Al anochecer de una tarde de primavera, hallábanse como de costumbre Tomás y María sentados á la puerta de su casa, pero sin la alegría de otros tiempos, sin la dulce satisfaccion con que vivian, cuando llegó Rompedientes, á quien seguia el pastorcillo saltando.

—Buenas tardes, señor Tomás, buenas tardes, señora María.

—¿Vienes de Valencia?—preguntó la anciana.

—Sí, señora, y con un encargo para ustedes.

—¿Con un encargo?—preguntó Tomás, con quien seguia el diálogo Rompedientes.

—Don Casimiro me ha dado una comision. Quiere que se vengan ustedes á Valencia.

—¿Nosotros?

—Sí.

—¿A qué?

—A ver á Lucía.

—¡Lucía!... ¿Dónde está?... ¡Pobre Lucía!

—No tienen ustedes que pensar en nada, casa tienen ustedes; mesa no ha de faltarles.

Don Casimiro dice que aquí solos están ustedes mal. Que el Segador se quede al frente de la casa ya que tienen ustedes gran confianza en él y que vayan ustedes á vivir á Valencia.

—¿Y Lucía?...

—Ya la verán ustedes.

—¡Dios mio! ¿Pero cómo está?...

—No quiero decirles á ustedes nada; pero si

no vienen, es posible que la infeliz se muera de hambre por aquellas calles.

—¡Sí, Tomás, sí! Vamos,—dijo la anciana.—¡Si será tan desgraciada mi nieta como fué mi hija!... Es preciso evitarlo... Vamos, Tomás.

—Pero ir á espensas de don Casimiro...

—No, Tomás, nosotros, con lo que producen estas tierrecitas, gracias á Dios podemos vivir. El Segador las quiere en arrendamiento, se le dejan y nosotros nos vamos. ¡Pobre Lucía!... Mañana mismo... mañana mismo...

—Cuanto antes mejor,—dijo Rompedientes, que sabia como andaba Lucía por las calles de Valencia.

—Vaya, pues prepararlo todo, y mañana al amanecer salimos.

—Por órden de don Casimiro les tengo ya buscada una casita, y en cuanto estén estedes allí encontraremos á Lucía.

—¿Pero no se sabe dónde está?

—Pronto lo sabremos... Lo que importa es que vengan ustedes...

—Bien está: mañana nos pondremos en camino.

—Yo no queria que ustedes se fueran,—decia lloriqueando el pastorcillo que salvó á Lucía.

—Ya vendrás tú... ya vendrás tú...—repetia Tomás.

Rompedientes, satisfecho del resultado de su comision, retiróse, y al encaminarse á la casa del Reloj, vió un bulto en las tapias de la huerta.

—¿Si esperará á don Casimiro?..... Estaré alerta.

Casi todas las tardes volvia don Casimiro de Valencia y le acompañaba Rompedientes, pero aquel dia hizo que éste se adelantase.

¿Le perseguiria aún la vengativa saña de aquel negro?

No eran las ocho de la noche cuando don Casimiro, montado en un caballo tordo, pasaba por delante de la casa de Lucía y dirigia una mirada melancólica á la reja.

El dueño de la casa del Reloj observó que un bulto se deslizaba por la tapia, apeóse del caballo y dirigióse con serenidad al sitio en donde le pareció que habia visto un hombre.

Al acercarse don Casimiro á aquel sitio, dió el hombre que estaba oculto un salto hácia la mitad de la carretera, y cayó un rewólver de sus manos.

Otro hombre lo perseguia.

Era Rompedientes.

—Párate, ó te abraso,—le dijo apuntándole con la escopeta.

—¿Qué es esto?—exclamó don Casimiro.—¿Es que no me he de ver libre de asesinos?

Acercóse, y reconoció á Domingo.

—¡Tú tambien, desgraciado! ¡Tú aquí tambien!... ¿Qué quieres?...

—Perdon...

—No puedo perdonarte ya: es mucha tenacidad para el crímen. Rompedientes, llevalo á casa y que llamen á una pareja de guardias civiles para que lo arreglen.

—¡Ah!—rugió el negro, mordiéndose uno de

los puños.—¡No poder vengar muerte de niña Mecedes!

—¡Desgraciado! ¿Qué dices?...

—Que nego Domingo estar convencido de que su mecé mató, sí, mató á niña Mecedes...

—¡Ah... infame!... Ahora comprendo que los celos eran los que te impulsaban; ahora veo que estabas poseido de una pasion estúpida... No acabo contigo en este instante, porque... eres despreciable.

Diciendo esto, aseguró con una mano la garganta del negro, ya tendido en el suelo, y allí hubiera perecido con el más leve esfuerzo de don Casimiro.

—Per... don...—dijo con voz ahogada.

—No: en tí no hay más que deseo de venganza... A la bodega, Rompedientes, á la bodega.

Rompedientes desatóse la faja y la anudó á los brazos del negro.

Iba éste decentemente vestido, como de ayuda de cámara. Miró con ira á Rompedientes y á don Casimiro.

—Anda, muévete ahora,—dijo Rompedientes al concluir de atar los brazos al negro.

—Muévete...

—Déjame libre y verás...

—Luego, luego.

Llegaron á la casa del Reloj y salió á acariciar al dueño un perro de feroz aspecto, terror de los caminantes y guardian celoso de la casa.

Al pasar el negro, acercósele y gruñó, enseñando los blanquísimos colmillos.

—Quieto,—dijo Rompedientes,—quieto, Centinela.

El Centinela bajó la cabeza y siguió acariciando á su amo.

Fué Domingo encerrado.

Uno de los criados de don Casimiro fué al puesto inmediato de la guardia civil y vino acompañado por dos de ellos, que condujeron al negro á Valencia despues de haber recogido el rewólver que reconoció como suyo.

A la mañana siguiente encaminábase á la ciudad del Túria don Casimiro y Rompedientes, To-

más y María. Estos últimos en el carrito de la casa de campo.

¡Cómo murmuraban las mujeres del contorno al verlos pasar!

—Todos unos,—decian;—¿donde caerá esa nube?

La pobre María no hacia más que preguntar á don Casimiro si veria á su nieta.

—Ya lo creo,—le respondió aquel, pero con algun desaliento.

Logró don Casimiro sostener algun tanto las esperanzas de los dos ancianos hasta conseguir que se instalasen en la casa que se les habia buscado.

Una vez allí, comenzaron las indagaciones sobre el paradero de Lucía.

Tomás salia todos los dias con incansable afan; preguntaba, inquiria... Nada.

Rompedientes no se daba punto de reposo; las alcaldías, las inspecciones, el gobierno civil. Tampoco dió resultado su pesquisa.

Hasta la pobre María preguntaba adonde quiera que iba.

La señora Rita tuvo celos del cariño que don Casimiro demostraba á los abuelos de Lucía, y más de una vez pasó por su imaginacion la diabólica idea de armar una intriga y hacerles perder el ascendiente que tenian sobre el dueño de la casa del Relój.

—Justo, eso es,—decíala un dia,—han venido ahí esos gorrones á vivir á costa de usted.

—No es verdad.

—Y luego murmuran de usted y dicen tantas cosas... tantas... qué sé yo, que usted era conspirador, que si en América hizo usted ó dejó de hacer...

—Bueno, que digan lo que quieran.

—Cuando ellos tienen tanto por qué callar.

—No quiero saberlo.

—Sí, ¡pues buena salió la chiquilla!

—Vamos, vamos...

—¡Magdalenita!... ¡Vaya una alhaja!... ¡Magdalena!... Que se fué á servir á Madrid...

—¡Magdalena!... ¡Qué nombre ha dicho usted! ¡Magdalena!...

—Sí, sí, Magdalena. ¡Vaya!... La madre de Lucía, que dicen que la engañó un pícaro, pero vamos á saber lo que seria... Dicen que fingieron un casamiento...

—¡Calle usted, calle usted por Dios!...

Don Casimiro confuso, asediado por los recuerdos, temblando, teniendo miedo hasta de la mujer á quien tenia delante, preguntó:

—¿Con que Tomás y María son los padres de Magdalena?...

—Sí, señor.

—¿De veras? ¿Ellos? ¿Y esa Magdalena estuvo en Madrid, y se puso á servir y la engañaron con un casamiento fingido, y tuvo una niña y la abandonó él?... ¿Diga usted, diga usted?

—Sí, señor; ¡pero si pregunta usted tan de prisa que no me da tiempo á contestar!

—¡Oh! ¡Justicia de Dios, justicia de Dios!...

—¡Se ha vuelto loco!

—¡Magdalena, Magdalena!... ¡Lucía... hija!

—¿Qué es esto, señor, señor?...

—Nada... Yo no puedo... Es preciso encontrar á Lucía.

—Si no hubiese usted consentido que se fuese...

—Calle usted.

—Pero si esa es una chiquilla, una mocosa capaz de despreciarle á usted...

—Silencio.

—No haga usted caso, por ahí andará ya perdida como su madre.

—¡Ah!... ¡Silencio, Rita, ó no respondo de mí!

Y diciendo esto, don Casimiro cogió por un brazo á Rita y la hizo arrodillarse.

—¡Madre de Dios!—gritó Rita.—¡Socorro! ¡Este señor se ha vuelto loco! ¡Me mata, me mata!

La vieja creyó llegado su último instante y balbuceó una oracion:

—Perdon,—exclamó sollozando.

—Pues cállese usted y no abuse de mi paciencia.

—Dios me libre.

—¡Magdalena! ¡Lucía!... ¡Oh! ¡Hay para vol-

verse loco! ¡Ella!... ¡Mi hija!... ¡Dios mio, cuán bondadoso eres!...

Y diciendo esto, colocóse el sombrero y salió de la habitacion, dejando aún arrodillada á Rita, que no sabia lo que le pasaba.

En cuanto salió don Casimiro, levantóse con más rapidez de la que debia suponerse en sus años, y exclamó:

—Pero señor, ¿qué le pasa á ese hombre? ¿Está loco? ¡De buena me he librado! Parece que decia, sí, bien lo he oido, ¡mi hija!... ¡Ella!... ¡Vamos, si lo que sucede en esta casa!... ¿Cuánto vá á que este es el picaronazo que engañó á Magdalena? Tendria que ver. ¿A dónde habrá ido? ¡Con qué gusto lo seguiria!... Pero si me vé será capaz de... no, no. Lo que sí puede acontecer, es que si Lucía parece me quede yo á la luna de esta tierra, por lo cual es preciso que no parezca, que no parezca. Es preciso poner obstáculos á que esa familia se reuna; ¿y cómo? Allá lo veremos. No faltarán recursos.

Colocóse sobre la cabeza, en donde se veia l

los grupos de desgreñadas canas, el velo, y salió precipitadamente. Veamos dónde habia ido don Casimiro.

Con pasmosa celeridad bajó las escaleras, mejor dicho, las saltó, y por la calle anduvo como si no existiese para él más mundo que un pensamiento.

Llegó á la casa en donde habitaba Tomás y María. Subió como un loco. A su paso habia llamado la atencion de los transeuntes en las calles.

Aquí le dirigian un insulto que él no oia. Más allá le daban un empellon, que él recibia como si fuera insensible.

Dió dos aldabadas en la puerta del cuarto habitado por Tomás, y salió éste á abrir. ¡Qué sorpresa fué la del anciano al ver que don Casimiro se abrazaba á su cuello y que suspiraba con el más profundo dolor!...

—¿Qué es esto?—exclamó.

Al oir aquellas voces, María salió creyendo que acaso Lucía habria llegado. Quedó atónito al ver á don Casimiro abrazado al cuello de Tomás,

y que desprendiendo sus brazos un momento, dirigióse á abrazarla á ella.

—¡Perdon, Tomás! ¡Perdon, María!... Mátenme ustedes si quieren!... ¡Soy un miserable!

—Pero explíquese usted... sepamos... ¿es que mi pobre Lucía?...—preguntó Tomás vacilando.

—No dude usted darnos la mala noticia. ¿Qué ha pasado á Lucía?

—¡Ah!... Lucía era hija de una desgraciada.

—Mucho, muy desgraciada.

—Que fué víctima de un engaño.

—Verdad es.

—¡Ah! ¿Y qué dirian ustedes si aquel infame que engañó á Magdalena... estuviese arrepentido de su falta y viniese á ustedes á pedir perdon, y se arrodillase á sus piés y les dijese... Padres mios?

Don Casimiro hizo lo que con sus palabras indicaba. Los ancianos estaban atónitos, confusos.

—Sí, Tomás, sí, María... yo soy el malvado que he causado vuestra desgracia, vuestro do-

lor. Yo abandoné á la pobre Magdalena... y Dios me ha castigado colocándome frente á frente de ella... ¡Ah!... Y ahora que he sabido que es mi hija, ahora que necesito que me perdone... no la veo, no la veré quizá más... Y la han calumniado y la han injuriado... ¡Oh!... Parece imposible. Y si la casualidad no hace que yo sepa ahora mismo...

Tomás y María no sabian lo que por ellos pasaba.

No podian explicarse el sentimiento que en su alma despertaba aquella revelacion.

Sentian ódio hácia aquel hombre, hácia aquel verdugo de la infeliz Magdalena. ¿Le compadecian?

Sentíanse sin fuerzas para odiarle, pero la memoria de Magdalena se presentaba ante los infelices padres.

Escena fué aquella que solo en el lienzo se presentaria con el colorido propio, con la atmósfera sofocante y angustiosa, con aquellas tintas de amargura que en el papel resaltan pálidos y exentos de animacion y vida.

—Usted... usted... Don Casimiro... eso no es posible.

—Sí, desgraciadamente lo es. Las malas compañías, el sentimiento del mal, la educacion que recibí... porque la educacion es el principio de donde parten muchos de los actos de nuestra vida. Mis padres no se cuidaron de mí. El siempre en las casas de juego, en la Bolsa, en el teatro, en los paseos: mi madre, siempre disponiéndose á salir elegante, á recibir visitas y devolverlas: paz en la casa, ni un instante: lo único que aprendia, era á ser indiferente para la familia: yo no veia allí amor, ni lazos de respeto y de cariño... Ni se cuidaban de si iba ó no al colegio. Lo único que me enseñaron fué á parecer hombre antes de serlo, me llevaron al café, halagaron mi vanidad... Mi madre no tenia más que el nombre de tal... Sin cuidados, sin afanes: ni una caricia para su hijo, ni un consejo. El juego acabó con la fortuna de mi padre, mi madre vió contrariados sus caprichos, y la casa era un infierno... Así

fuí yo despues... y no era posible otra cosa.

—Señor don Casimiro... usted delira... usted... Vamos, vamos, usted se chancea, y es un asunto demasiado grave para bromas...

—¡Ah! No lo diria yo si así no fuese... perdóneme usted... que he expiado ya mi terrible delito... Lo he expiado bien. ¡Por todas partes acosado!... Aún hace poco, ustedes lo saben, la mano de un asesino me perseguia... Me casé en la Habana y ví morir á mi esposa... ¡Ah! ¿Saben ustedes de qué provino el agravarse su enfermedad? Pues solo de la noticia de que Magdalena habia sido víctima de mis engaños. Por donde quiera que voy, tengo el remordimiento... y de tal modo la fatalidad me persigue, que me he visto enamorado de mi propia hija sin saber que lo fuese... ¡Ah!... ¡Y con qué respeto la he visto siempre! Era que una voz secreta me gritaba: es tu hija... es tu hija...

Tomás se enjugaba las lágrimas. María lloraba amargamente.

—¿No me perdonan ustedes?

—Dios perdona á los que más le ofenden...

—Lo preciso ahora es buscar á Lucía... y que ustedes la enteren de la verdad.

—Sabe Dios si habrá muerto...

—No, no pensemos en eso, porque entonces...

—Bien he expiado ya mi falta. No tengo ni un momento de tranquilidad... por todas partes aparece la sombra de Magdalena... Pero vamos... vamos en busca de Lucía... No sé qué triste presentimiento me dice...

¿Qué camino tomarian para buscar á la infeliz Lucía?

Rompedientes entró cuando terminaba aquella escena, y vió aún abrazados á don Casimiro y á Tomás, y observó que su amo besaba la mano de María.

Hubo algunos momentos de silencio. Rompedientes, asombrado de aquella actitud en los tres personajes sospechó algo, pero nunca pudo creer lo que era.

—¡Ah!... Es necesario,—dijo don Casimiro,—que busques á Lucía.

Rompedientes quedó pensativo. Acababa

de recibir en la calle una noticia que le contristó, pero no quiso decir nada. Oyó decir que en la noche anterior un sereno habia encontrado el cuerpo de una jóven en una puerta de la Lonja. Y le hicieron tal descripcion de su traje, que por la imaginacion de Rompedientes pasó el recuerdo de Lucía. Muchos dias pasaron, y nada se supo de positivo. Los rumores de que una jóven de la edad de Lucía habia sido encontrada exánime en la Lonja crecian, y llegaron hasta los oidos de don Casimiro y los dos ancianos.

Es imposible dar una idea de lo que sufrian.

—¡Ah!—exclamaba don Casimiro en el grado más terrible de exaltacion.—¿Si me castigará Dios hasta el punto de no poder llamarla hija de mi alma? ¡Magdalena, si desde la otra vida ves lo que he sufrido y lo que sufro, calma mi angustia, enjuga las lágrimas de tus padres!

La señora Rita supo en dónde se hallaba Lucía, y quiso que se perdiera todo indicio. Habíale enviado la pobre á decir con una mu-

jer que deseaba ver á sus abuelos, que los avisase. Ella fué, la vió... ¡y cuán distinta estaba!... Los infelices pescadores que recogieron á Lucía, cuidáronla con especial interés. Cuando entró la señora Rita en la alcoba, la hija de Magdalena se incorporó.

—¿Tú ves?—le dijo la vieja;—si hubieras oido mis consejos... otra cosa seria... en fin, no has querido...

—¡Cómo ha de ser!—exclamó Lucía;—yo creí que cumplia con mi deber, yo creí que no debia exponerme á las murmuraciones.

—Nada, nada... Procura ponerte buena, que vas á ver á tus abuelos, pues aunque no quieran verte y estén contigo hechos unas furias, con todo, cuando yo les diga que estás tan malita... ya verás...

—Por Dios, sí, señora Rita... Que vengan pronto.

—No, no debes tú ir á verlos, porque ya no están en Valencia. Han tenido noticias de que un hermano suyo, el de Játiva, está muriéndose, y se van allí.

La vieja realizaba su proyecto de separar á Lucía de sus abuelos. Despues que preparó el terreno, fuese á casa de Tomás.

—¡Válgame Dios!—gritó al entrar, y procurando que las lágrimas humedeciesen sus opacos ojos.—¡Válgame Dios!...

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—Que Lucía...

—Hable usted, hable usted,—interrumpió don Casimiro.

—Que Lucía ha estado muy enferma...

—¿Y en dónde está? ¿En dónde está?—preguntó el padre.

—Vamos, vamos,—dijeron á la vez los dos abuelos.

—Es que... ya está mejor...

—¿Pero en dónde?—preguntó rápidamente don Casimiro.

—Si ya no está en Valencia...

Como un rayo hirió aquella contestacion á los tres que oian, como si esperasen una gran alegría ó un dolor inmenso.

—Yo no sé quién la dijo que la perseguian

aquí, y ha tomado el camino de Madrid, segun me han informado...

—¡Dios mio!—gritó María.

Tomás y don Casimiro quedaron como anonadados. La situacion no podia ser más desesperante. ¡Qué hacer! ¡Cómo encontrar ahora el paradero de aquella desventurada! El corazon de la vengativa vieja era peor que el de una hiena. Ella pudo haber hecho la felicidad de tres séres, reuniéndolos con una sola palabra. Era el génio del mal que se interponia para hacer más terrible la situacion. Aquella mujer gozaba con el padecimiento de sus semejantes. Salió de la habitacion de Tomás, y como no tenia en qué ocuparse sinó en la murmuracion ó en satisfacer la curiosidad que le asediaba de contínuo, pensó en Colás y quiso saber qué habia sido de él, para lo cual se dirigió á la cárcel, dejando en el mayor desconsuelo á los séres, cuyo corazon habia desgarrado con la falsa noticia.

IX.

Hallábase muy avanzado el sumario en la causa seguida á Colás. Decíase que no habia testigo alguno que declarase: que no se habian podido justificar algunos indicios, y que no resultaban suficientes pruebas para elevar á plenario la causa; pero sin embargo, pasaban los dias y no se sobreseia ni se daba término á las diligencias. Cuando Rita fué á la cárcel, hallábase el pobre Colás sentado en el suelo, apoyando la cabeza en las manos.

Así que vió á la señora Rita, se levantó, y dirigiéndose á la reja, exclamó:

—¡Gracias á Dios!... ¿Y mi madre, cómo está?

—No sé, bastante malita la dejé...

—¡Madre de mi alma!

Como se vé, la vieja no perdonaba á na-

die: inventaba las malas noticias hasta por el placer de observar el efecto que producian. Desgraciado el que encuentra un carácter como el de la señora Rita en el mundo.

—¿Diga usted, diga usted, y qué dice de mí?

—No hace más que llorar y le vas á acarrear la muerte...

—¡No, madre mia, no!... ¿Hace mucho tiempo que usted no la ha visto?

—Sí, ayer me envió un recado y me dijo que acaso vendria hoy. Quizá la engañan las fuerzas, que á veces cuando más alientos cree uno tener, es cuando se va acabando la vida.

—Calle usted, calle usted...

—Señora,—dijo el carcelero al oir las palabras de la vieja,—cállese usted, que bastante suplicio es ya verse entre rejas que no se abren, para que venga usted á aumentar la angustia de ese pobre.

—Si él no hubiera sido mala cabeza, no tendria que acusarse quizá de la muerte de su madre.

—¡Señor, señor, esto es horrible!—gritó el pobre Colás dejándose caer en tierra abatido.

—¡Sí, sí, llora!...

—¿Pero usted, quién es?—preguntó el carcelero á la señora Rita.

—¿Yo? Un alma que se interesa por las demás, una amiga de la madre de ese tunante; y venia por decir algo á la desconsolada viuda; pero eso hará ahora, eso, lloriquear. Más valia que lo hubiera pensado antes.

—Vamos, vamos... Vaya usted con Dios y deje en paz á los que sufren.

—Eso es... eso es... echarme de aquí. ¡Vaya una caridad!... Con que venia yo á darle la noticia á ese chico de que su madre estaba enferma para ver si se enmendaba...

—Ea, menos conversacion y déjele usted en paz, bruja hechicera.

Salió de allí desesperada la señora Rita porque no habia logrado decirle á Colás todo lo que pensaba para amargar más su situacion. Aún no habia llegado á la calle, cuando volvió insistien-

do en que queria decirle algo, pero no se lo permitieron. Temíase con fundamento que el estado de Colás llegara á ser una enfermedad grave.

Pasaron algunos meses. Lucía, aunque no habia sido despedida de la casa de los pescadores, conoció que habia una prevencion contra ella, y salió de allí agradeciendo los beneficios que le habian dispensado. Pensó en ir á Játiva, en donde la vieja la habia dicho que se hallaban sus abuelos.

Pasó muchas veces por la cárcel. Desde que comprendió que un arrebato de celos habia impulsado el brazo de Colás y el pensamiento á aquel acto de desesperacion, sintió lástima, se compadeció del infeliz.

¡Pobre jóven! ¡Cómo me queria!... Un momento tuvo la idea de volver á la casa de campo, pues segun le habia dicho la señora Rita, allí estaba el Segador, y él acaso le daria noticias ciertas. Pudo encontrar trabajo en el establecimiento de una modista y vivir en compañía de un matrimonio, cuya honradez

y laboriosidad eran notorias en Valencia. Una tarde volvia la hija de Magdalena de la casa de la modista y habia dos jóvenes esperándola en una esquina. Pertenecian á ese grupo que se conoce con el título de calaveras, y cuyas hazañas consisten en malgastar el dinero de los padres que los envian á estudiar, en decir mal de todas las mujeres y en ser atrevidos. Anochecia ya. Uno de los jóvenes dirigióle algunas palabras á Lucía. Ella retiróse de la acera, y les lanzó una mirada despreciativa.

—Hé ahí una Susana,—exclamó uno de ellos.

—Una Lucrecia,—dijo el otro.

Pasaron á la otra acera por donde se encaminaba Lucía á su casa y acercáronse á ella, pero con ese atrevimiento que da la mala educacion de muchos jóvenes de nuestros dias. Uno de los jóvenes echó hácia atrás el sombrero y adelantó la cabeza, á tiempo que Lucía levantaba la mano, interponiéndola como defensa. De pronto el audaz jóven sintió una mano de hierro en su pescuezo y no tuvo tiempo para volverse. Cayó rodando al suelo.

—Desvergonzados,—gritó el caballero que habia defendido á la pobre Lucía.—¿Ese es el respeto que merece á usted la mujer que se hace respetar?... ¿No han visto ustedes que huia hasta de oir sus atrevidas frases?... No sé como no lo ahogo á usted...

—Gracias, caballero,—dijo Lucía mirando al desconocido y cubierto el rostro con el velo.

El caballero, al oir la voz, miró detenidamente á Lucía. El jóven levantóse, y aprovechó aquel momento para echar á correr.

—Bien hecho,—dijo un anciano que acompañaba al caballero;—ha hecho usted lo que debia.

En aquel instante encendieron los faroles de la calle. Lucía, al oir la voz del anciano, acercóse, dió un grito y levantó el velo.

—¡Abuelo!...—exclamó entre sollozos.

—¡Lucía!...—dijeron con voz ahogada Tomás y don Casimiro, que no eran otros los que allí se hallaban, y la abrazaron.

—¡Lucía!...—repitió Tomás.—¡Ah!... La Providencia... Vamos, vamos, hija mia; te espera una sorpresa.

—¡Una sorpresa!—exclamó viendo que don Casimiro le tendia los brazos.

—Sí.

—¡Hija mia... hija de mi alma!—prorumpió don Casimiro casi arrodillándose.

—Sí,—dijo Tomás,—tu padre... tu padre... Dios nos ha colocado cerca á unos de otros.

—¡Ah!...—exclamó Lucía. Y besó la mano de su abuelo y la de su padre.

—¿Es verdad?... ¿Es verdad esto?... ¿Me engañan ustedes?... ¡Dios mio!... Ahora comprendo por qué era el efecto que sentia hácia usted de respeto y de cariño... Ahora comprendo por qué... ¡Dios mio, Dios mio!... ¡Si viviera mi madre!... Vamos, vamos á ver á mi buena María...

Los pocos transeuntes que atravesaban por aquella angosta calle parábanse al oir aquel diálogo y al ver aquella escena. Comprendian que se trataba de algun asunto de familia y seguian adelante. ¡Cuanto sintieron en aquellos instantes los séres á quienes la Providencia habia reunido! Dios habia llevado al padre á defender á su hija de las asechanzas del vicio.

—¡Oh!—exclamó aquel.—He sido castigado con el remordimiento. Ahora, cada vez que vea á mi hija, tendré más presente aún el recuerdo de su madre. Y pensar que yo ignorando que fuese mi propia sangre la amaba ya...

María creyó que soñaba cuando tuvo en sus brazos á su nieta. Por fin la tranquilidad del espíritu sonrió en sus últimos dias á los ancianos, aunque tenian presente al hombre que habia sido causa de su infortunio. Habia tal verdad en su arrepentimiento, era tan sincero su propósito de borrar la mancha que empañó su honra, que fué modelo de padres, de hombres honrados. La señora Rita, en cuanto supo lo acontecido, sufrió los padecimientos del infierno. Fué despedida por su carácter entrometido y cizañero, y tuvo que mendigar un pedazo de pan de puerta en puerta. Lucía, don Casimiro y los abuelos fueron á pasar el verano á la casa del Reloj. Ella tenia una habitacion preciosa en la planta baja y vivia más tranquila. Muchas veces el recuerdo de Colás la hacia latir el corazon. Don Casimiro no habia querido declarar nada en contra de Colás: com-

prendió que un arrebato de celos le habia ofuscado y que bastante expiaba su delito. Una tarde en que Lucía se hallaba arreglando las flores del jardinito, oyó pasos cerca y volvióse. Dió un grito de sorpresa y vió delante á un jóven.

—¡Colás!...

—¡Lucía! Yo soy... Dios ha querido que se me dejase en libertad. Vengo de abrazar á mi madre y voy á pedir perdon á tu padre... ¡Ah!... ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Dios mio!... Llévame, llévame adonde está... quiero que me perdone.

A los pocos instantes abrazaba don Casimiro á Colás, y éste, con las lágrimas en los ojos, agradecia el perdon. Rompedientes gozaba con la felicidad de todos. Colás, que sabia leer y escribir correctamente, fué empleado por don Casimiro en una casa de comercio de Valencia. Cada dia fué más amante de su madre y estaba más enamorado de Lucía.

X.

El negro Domingo sustituyó en la cárcel á Colás. Mientras él sufria los horrores de la privacion de la libertad, en la casa del Reloj reinaba el júbilo y la animacion.

Un grupo numeroso de gente moza salió de la casa en direccion á la de Colás. Resonaban las guitarras y los cantares. Iban á buscar al novio, porque ya la novia esperaba en la misma casa del Reloj. En la capilla de la casa celebróse un casamiento. Colás y Lucía recibieron la bendicion nupcial.

Don Casimiro, al presenciar aquella ceremonia religiosa, se acordó de la infeliz Magdalena y oró sinceramente arrepentido. El cielo le castigaba trayéndole aquel recuerdo en los momentos de felicidad más pura.

Recordó la carta que habian entregado á la pobre Mercedes y que era la que Magdalena le escribió culpándole de su desgracia y refiriendo la historia.

El negro, con tal que lo perdonasen, confesó que habia sido él el que entregó la carta á Mercedes.

Lo que antes eran murmuraciones, se volvieron agasajos y alabanzas.

Lucía y Colás disfrutaron una paz angelical.

La madre de Colás vivió con Tomás y María.

El ministro de Ultramar, por influencia del comandante general del departamento oriental de la isla de Cuba, proporcionó un destino modesto á Colás, que fué llamado ya por la gente del campo, aunque él no queria, don Nicolás Ramirez.

Lucía era la madre de los pobres.

Fué un dia al hospital con Colás á visitar á una pobre mujer, y una voz débil y trémula los llamó.

Era la señora Rita que les pedia perdon. Diéronla una limosna y rogaron á Dios por su salud.

Si pasais alguna vez por la parte de la ribera del Júcar, en donde se realizaron estas escenas, os las referirán como constan en estas

páginas, que debieran llamarse historia más que novela.

El árbol en donde se apoyó Colás para disparar contra don Casimiro, es conocido con el nombre de *Castigo del cielo*, que ha servido de título á esta narracion.

FIN.

VOLÚMEN NÚM. 6

DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

OBRAS PUBLICADAS.

La Cruz de la Ermita, novela de costumbres, por D. Ramon Ortega y Frias. Dos tomos, 3 rs.

El Cazador de Tigres, por D. E. Hernandez. Dos tomos, 3 rs.

Castigo del Cielo, por D. E. Llofriu. Un tomo, 1 ½ rs.

Heroismo de una Madre, por D. E. Llofriu. Un tomo, 1 ½ rs.

La Estrella del Sur, por D. E. Hernandez. Un tomo, 1 ½ rs.

La Perla de la Costa, por D. E. Hernandez. Dos tomos, 3 rs.

El Amor de un Angel, por D. Ramon Ortega y Frias. Un tomo, 1 ½ rs.

Los Aventureros, por D. E. Hernandez. Un tomo, 1 ½ rs.

El Rio de Sangre, por D. E. Hernandez. Un tomo, 1 ½ rs.

La Madre de los Pobres, por D. E. Llofriu. Dos tomos, 3 rs.

Peregrinacion á la Meca, por el capitan Burton. Dos tomos, 3 rs.

Gloria, Dinero y Mujer, por D. E. Llofriu. Dos tomos, 3 rs.

La Fuente de las Gracias, por D. E. Hernandez. Un tomo, 1 ½ rs.

Un Drama Negro, por D. Ramon Ortega y Frias. Dos tomos, 3 rs.

Hazañas de un Solteron, por D. E. Llorente. Dos tomos, 3 rs.

Viaje al país de los Mormones, por el capitan Burton. Dos tomos, 3 rs.

Memorias de un Desenterrado, por D. A. de San Martin. Un tomo, 1 ½ rs.

El Siglo del Can-Can, por D. A. de San Martin. Un tomo, 1 ½ rs.

La Nieta del Comendador, por D. Ramon Ortega y Frias. Dos tomos, 3 rs.


BOUND BY
HNM


LIBRARY OF CONGRESS
0 023 830 779 A
